

Domingo I de Cuaresma (ciclo A)

- **DEL MISAL MENSUAL**
- **BIBLIA DE NAVARRA** (www.bibliadenavarra.blogspot.com)
- **SAN JUAN CRISÓSTOMO** (www.iveargentina.org)
- **FRANCISCO – Ángelus 2014 y Homilías en Santa Marta**
- **BENEDICTO XVI – Ángelus 2008 y 2011**
- **DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos**
- **RANIERO CANTALAMESSA** (www.cantalamezza.org)
- **FLUVIUM** (www.fluvium.org)
- **PALABRA Y VIDA** (www.palabrayvida.com.ar)
- **BIBLIOTECA ALMUDÍ** (www.almudi.org)
- **Homilías con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II**
- **Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva**
- **Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica**
- **HABLAR CON DIOS** (www.hablarcondios.org)
- **Mn. Antoni BALLESTER i Díaz (Camarasa, Lleida, España)** (www.evangelinet.net)
- **CONGREGACIÓN PARA EL CLERO** (www.clerus.org)

DEL MISAL MENSUAL

COMO EL DÍA Y LA NOCHE

Gén 2, 7-9; 3, 1-7; Rom 5, 12-19; Mt 4, 1-11

El conocido relato de la caída nos devuelve una imagen de nuestra propia historia. Cada vez que nos endiosamos con nuestros propios logros, terminamos siendo víctimas del egoísmo y la autoafirmación desmesurada. El relato lo plantea de forma un tanto cruda: basta con acatar las prohibiciones de Dios, aprendiendo a decir no a nuestros deseos egoístas. Estos deseos nos desquician y deslumbran —el árbol era una delicia a la vista— y hasta después de haber cometido el pecado se nos abren los ojos y descubrimos nuestra desnudez personal y moral. El Evangelio de san Mateo nos presenta otra historia completamente distinta: Jesús no se deja enredar por las medias verdades y “las cuentas de vidrio” de Satanás. El Señor Jesús experimentó el atractivo de la fama y la seducción de la fuerza, pero supo resistir. Aunque estaba presionado por la urgencia de comer, no vendió su alma por un “plato de lentejas”.

ANTÍFONA DE ENTRADA Sal 90, 15-16

Me invocaré y yo lo escucharé; lo libraré y lo glorificaré; prolongaré los días de su vida.

No se dice Gloria.

ORACIÓN COLECTA

Concédenos, Dios todopoderoso, que por las prácticas anuales de esta celebración cuaresmal, progresems en el conocimiento del misterio de Cristo, y traduzcamos su efecto en una conducta irreprochable. Por nuestro Señor Jesucristo...

LITURGIA DE LA PALABRA

PRIMERA LECTURA

Creación y pecado de nuestros primeros padres.

Del libro del Génesis: 2, 7-9; 3, 1-7

Después de haber creado el cielo y la tierra, el Señor Dios tomó polvo del suelo y con él formó al hombre; le sopló en la nariz un aliento de vida, y el hombre comenzó a vivir. Después plantó el Señor un jardín al oriente del Edén y allí puso al hombre que había formado. El Señor Dios hizo brotar del suelo toda clase de árboles, de hermoso aspecto y sabrosos frutos, y además, en medio del jardín, el árbol de la vida y el árbol del conocimiento del bien y del mal.

La serpiente era el más astuto de los animales del campo que había creado el Señor Dios. Un día le dijo a la mujer: “¿Es cierto que Dios les ha prohibido comer de todos los árboles del jardín?”

La mujer respondió: “Podemos comer del fruto de todos los árboles del jardín, pero del árbol que está en el centro, dijo Dios: ‘No comerán de él ni lo tocarán, porque de lo contrario, habrán de morir’”.

La serpiente replicó a la mujer: “De ningún modo. No morirán. Bien sabe Dios que el día que coman de los frutos de ese árbol, se les abrirán a ustedes los ojos y serán como Dios, que conoce el bien y el mal”.

La mujer vio que el árbol era bueno para comer, agradable a la vista y codiciable, además, para alcanzar la sabiduría. Tomó, pues, de su fruto, comió y le dio a su marido, que estaba junto a ella, el cual también comió. Entonces se les abrieron los ojos a los dos y se dieron cuenta de que estaban desnudos. Entrelazaron unas hojas de higuera y se cubrieron con ellas.

Palabra de Dios.

SALMO RESPONSORIAL

Del salmo 50, 3-4. 5-6a. 12-13. 14 y 17

R/. Misericordia, Señor, hemos pecado.

Por tu inmensa compasión y misericordia, Señor, apiádate de mí y olvida mis ofensas. Lávame bien de todos mis delitos y purifícame de mis pecados. **R/.**

Puesto que reconozco mis culpas, tengo siempre presentes mis pecados. Contra ti solo pequé, Señor, haciendo lo que a tus ojos era malo. **R/.**

Crea en mí, Señor, un corazón puro, un espíritu nuevo para cumplir tus mandamientos. No me arrojes, Señor, lejos de ti, ni retires de mí tu santo espíritu. **R/.**

Devuélveme tu salvación, que regocija, mantén en mí un alma generosa. Señor, abre mis labios y cantará mi boca tu alabanza. **R/.**

SEGUNDA LECTURA

El don de Dios supera con mucho al delito.

De la carta del apóstol san Pablo a los romanos: **5, 12-19**

Hermanos: Así como por un solo hombre entró el pecado en el mundo y por el pecado entró la muerte, así la muerte llegó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron.

Antes de la ley de Moisés ya había pecado en el mundo y, si bien es cierto que el pecado no se imputa cuando no hay ley, sin embargo, la muerte reinó desde Adán hasta Moisés aun sobre aquellos que no pecaron con una transgresión semejante a la de Adán, el cual es figura del que había de venir.

Ahora bien, con el don no sucede como con el delito, porque si por el delito de uno solo murieron todos, ¡cuánto más la gracia de Dios y el don otorgado por la gracia de un solo hombre, Jesucristo, se han desbordado sobre todos! Y con el don no sucede como con las consecuencias del pecado de uno solo, porque ciertamente la sentencia, partiendo de uno solo, lleva a la condenación, pero la obra de la gracia, partiendo de muchos delitos, se resuelve en justificación.

En efecto, si por el delito de uno solo reinó la muerte, por un solo hombre, ¡con cuánta más razón los que reciben la abundancia de la gracia y el don de la justicia, reinarán en la vida por uno solo, Jesucristo!

Así pues, como el delito de uno solo atrajo sobre todos los hombres la condenación, así también la obra de justicia de uno solo procura para todos los hombres la justificación, que da la vida. En efecto, así como por la desobediencia de un solo hombre, todos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno solo todos serán constituidos justos. **Palabra de Dios.**

ACLAMACIÓN ANTES DEL EVANGELIO Mt 4, 4

R/. Honor y gloria a ti, Señor Jesús.

No sólo de pan vive el hombre, sino también de toda palabra que sale de la boca de Dios. R/.

EVANGELIO

El ayuno y las tentaciones de Jesús.

Del santo Evangelio según san Mateo: **4, 1-11**

En aquel tiempo, Jesús fue conducido por el Espíritu al desierto, para ser tentado por el demonio. Pasó cuarenta días y cuarenta noches sin comer y, al final, tuvo hambre. Entonces se le acercó el tentador y le dijo: “Si tú eres el Hijo de Dios, manda que estas piedras se conviertan en panes”. Jesús le respondió: “Está escrito: No sólo de pan vive el hombre, sino también de toda palabra que sale de la boca de Dios”.

Entonces el diablo lo llevó a la ciudad santa, lo puso en la parte más alta del templo y le dijo: “Si eres el Hijo de Dios, échate para abajo, porque está escrito: Mandará a sus ángeles que te cuiden y ellos te tomarán en sus manos, para que no tropiece tu pie en piedra alguna”. Jesús le contestó: “También está escrito: No tentarás al Señor, tu Dios”.

Luego lo llevó el diablo a un monte muy alto y desde ahí le hizo ver la grandeza de todos los reinos del mundo y le dijo: “Te daré todo esto, si te postras y me adoras”. Pero Jesús le replicó: “Retírate, Satanás, porque está escrito: Adorarás al Señor, tu Dios, y a él sólo servirás”. Entonces lo dejó el diablo y se acercaron los ángeles para servirle. **Palabra del Señor.**

Se dice Credo

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Te pedimos, Señor, que nos hagas dignos de estos dones que vamos a ofrecerte, ya que con ellos celebramos el inicio de este venerable misterio. Por Jesucristo, nuestro Señor.

PREFACIO

Las tentaciones del Señor.

En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno, por Cristo, Señor nuestro.

Porque El mismo, al abstenerse durante cuarenta días de tomar alimento, consagró la práctica de nuestra penitencia cuaresmal y, al rechazar las tentaciones del enemigo, nos enseñó a superar la seducción del pecado, para que, después de celebrar con espíritu renovado el misterio pascual, pasemos finalmente a la Pascua eterna.

Por eso, con los coros de los ángeles y santos, te cantamos el himno de alabanza, diciendo sin cesar: Santo, Santo, Santo...

ANTÍFONA DE LA COMUNIÓN Mt 4, 4

No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que viene de Dios.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Alimentados, Señor, de este pan celestial que nutre la fe, hace crecer la esperanza y fortalece la caridad, te suplicamos la gracia de aprender a sentir hambre de aquel que es el pan vivo y verdadero, y a vivir de toda palabra que procede de su boca. Por Jesucristo, nuestro Señor.

ORACIÓN SOBRE EL PUEBLO

Derrama sobre tu pueblo, Señor, la abundancia de tu bendición para que su esperanza crezca en la adversidad, su virtud se fortalezca en la tentación, y alcance la redención eterna. Por Jesucristo nuestro Señor

UNA REFLEXIÓN PARA NUESTRO TIEMPO.- Así como existen relaciones de dominación entre las personas, existen también relaciones libres que no manipulan ni despersonalizan a nadie. Hay esposos que anulan la personalidad de su pareja y por otra parte, también hay amigos que respetan la libertad de pensamiento de sus amigos. Cuando dejamos que nuestro corazón se obsesione y se angustie sólo por conseguir riquezas, títulos académicos, diversiones costosas, estamos construyendo nuestra propia esclavitud. Tanto en las relaciones con las cosas como con las personas, podemos vivir en libertad o podemos levantar nuestra propia prisión. Nadie vive la libertad plena, es siempre una aspiración, vivimos un interminable proceso de liberación. El Evangelio nos presenta la figura de Jesús como un hombre pleno, libre de autoengaños y complacencias que no se prestó a simulación alguna, por eso desenmascaró la dominación y el sometimiento y aprendió a vencer las ofertas tentadoras del maligno.

BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)

Creación y pecado (Gn 2, 7-9; 3, 1-7)

1ª lectura

El hombre, en su corporeidad, pertenece a la tierra. Para afirmarlo así, el autor sagrado ha tenido seguramente presente el hecho de que el cuerpo humano al morir se convierte en polvo, como dirá más adelante en Gn 3,19. Quizá este modo de narrar (peculiar, como todo el género literario de estos capítulos) se apoya en el parecido que existe entre la palabra *adam*, que designa al hombre en general, y la palabra *adamah* que significa tierra rojiza. Pero el que el hombre pertenezca a la tierra no es su peculiaridad más importante: también los animales, en la perspectiva del autor, serán formados de la tierra. Lo específico e importante en el hombre es que recibe la vida de Dios. La vida se representa en el aliento, pues es un hecho evidente que sólo los animales vivos respiran. Que Dios infunda de esa forma la vida al hombre significa que éste, aunque por su corporeidad participa de la materia, su existencia como ser vivo proviene directamente de Dios, es decir, está animado por un principio vital —el alma o espíritu— que no proviene de la tierra. Este principio de vida recibido de Dios hace que también el cuerpo del hombre adquiera una dignidad propia y se sitúe en un orden distinto al de los animales.

La representación de Dios como un alfarero que modela el cuerpo del hombre significa que éste está destinado a vivir según un principio de vida superior al que procede de la tierra. Por otra parte, la imagen de Dios alfarero indica que el hombre, todo él, está en las manos de Dios como el barro en manos del que lo modela, sin ofrecer resistencia ni oponerse a sus decisiones (cfr Is 29,16; Jr 18,6; Rm 9,20-21).

La escena del jardín del Edén refleja una situación de amistad entre Dios y el hombre en la que no existe ningún mal, ni siquiera la muerte. El jardín es descrito con los rasgos de un frondoso oasis, con la peculiaridad de que en el centro hay dos árboles, el de la vida y el del conocimiento del bien y del mal, que simbolizan el poder de dar la vida y el ser punto último de referencia del actuar moral del hombre. Además, del jardín brotan los cuatro ríos más importantes conocidos por el autor, que riegan y fecundan toda la tierra. De esta forma la Biblia nos enseña que el hombre fue creado para ser feliz, gozando de la vida y del bien que proceden de Dios. «La Iglesia, interpretando de manera auténtica el simbolismo del lenguaje bíblico a la luz del Nuevo Testamento y de la Tradición, enseña que nuestros primeros padres Adán y Eva fueron constituidos en un estado “de santidad y de justicia original” (Conc. de Trento, *De peccato originali*). Esta gracia de la santidad original era una “participación de la vida divina” (*Lumen gentium*, n. 2)» (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 375).

«El relato de la caída (Gn 3) utiliza un lenguaje hecho de imágenes, pero afirma un acontecimiento primordial, un hecho que tuvo lugar *al comienzo de la historia del hombre*. La Revelación nos da la certeza de fe de que toda la historia humana está marcada por el pecado original libremente cometido por nuestros primeros padres» (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 390). La Biblia nos enseña aquí el origen del mal, de todos los males que padece la humanidad, y especialmente de la muerte. El mal no viene de Dios, que creó al hombre para que viviese feliz y en amistad con Él, sino del pecado, es decir, del hecho de que el hombre quebrantó el mandamiento divino, destruyendo así la felicidad para la que fue creado y la armonía con Dios, consigo mismo, y con la creación. «El hombre, tentado por el diablo, dejó morir en su corazón la confianza hacia su Creador (cfr Gn 3,1-11), y, abusando de su libertad *desobedeció* el mandamiento de Dios. En esto consistió el primer pecado del hombre (cfr Rm 5,19). En adelante todo pecado será una desobediencia a Dios y una falta de confianza en su bondad» (*ibidem*, n. 397).

En la descripción de ese pecado de origen y de sus consecuencias el autor sagrado se sirve del lenguaje simbólico —así el jardín, el árbol, la serpiente— para expresar una gran verdad de orden histórico y religioso: que el hombre al comienzo de su andadura en la tierra desobedeció a Dios, y que ésa es la causa de que exista el mal. Se descubre, al mismo tiempo, el proceso y las

consecuencias de todo pecado, en el que *los ojos del alma se embotan; la razón se cree autosuficiente para entender todo, prescindiendo de Dios. Es una tentación sutil, que se ampara en la dignidad de la inteligencia, que nuestro Padre Dios ha dado al hombre para que lo conozca y lo ame libremente. Arrastrada por esa tentación, la inteligencia humana se considera el centro del universo, se entusiasma de nuevo con el “seréis como dioses” (Gn 3,15) y, al llenarse de amor por sí misma, vuelve la espalda al amor de Dios* (San Josemaría Escrivá, *Es Cristo que pasa*, n. 6).

La serpiente (Gn 3,1) representa al diablo, un ser personal que intenta torcer los designios de Dios y perder al hombre. En efecto, «tras la elección desobediente de nuestros primeros padres se halla una voz seductora, opuesta a Dios (cfr Gn 3,1-5) que, por envidia, los hace caer en la muerte (cfr Sb 2,24). La Escritura y la tradición de la Iglesia ven en este ser un ángel caído, llamado Satanás o diablo (cfr Jn 8,44; Ap 12,9). La Iglesia enseña que primero fue un ángel bueno, creado por Dios. “El diablo y los otros demonios fueron creados por Dios con una naturaleza buena, pero ellos se hicieron a sí mismos malos” (Conc. de Letrán IV)» (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 391).

En Gn 3,2-5 se presenta, con un realismo excepcional, la táctica del diablo en la tentación: falsea la verdad de lo que Dios ha dicho, introduce la sospecha sobre las intenciones y planes divinos, y, finalmente, presenta a Dios como enemigo del hombre.

«El análisis del pecado en su dimensión originaria indica que, por parte del “padre de la mentira” *se dará a lo largo de la historia de la humanidad una constante presión al rechazo de Dios por parte del hombre*, hasta llegar al odio: “Amor de sí mismo hasta el desprecio de Dios” como se expresa San Agustín (cfr *De civitate Dei* 14,28). El hombre será propenso a ver en Dios ante todo una propia limitación, y no la fuente de su liberación y la plenitud del bien. Esto lo vemos confirmado en nuestros días, en los que las ideologías ateas intentan *desarraigar la religión* basándose en el presupuesto de que determina la radical “alienación” del hombre, como si el hombre fuera expropiado de su humanidad cuando, al aceptar la idea de Dios, le atribuye lo que pertenece al hombre y exclusivamente al hombre. Surge de aquí una forma de pensamiento y una praxis histórico-sociológica donde el rechazo de Dios ha llegado hasta la declaración de su “muerte”. Esto es un absurdo conceptual y verbal» (Juan Pablo II, *Dominum et Vivificantem*, n. 38).

Ambos, el hombre y la mujer, desobedecieron el mandato de Dios (Gn 3,6). El Génesis no habla de una manzana, sino de un fruto misterioso que tiene un valor simbólico. El pecado de Adán y Eva fue de desobediencia.

El hagiógrafo nos va llevando al desenlace con una magistral descripción psicológica de la tentación: entretenimiento con el tentador, duda acerca de la veracidad de Dios, cesión ante las apetencias de los sentidos. Este pecado, comenta también Juan Pablo II, «constituye *el principio y la raíz* de todos los demás. Nos encontramos ante la realidad originaria del pecado en la historia del hombre y, a la vez, en el conjunto de la economía de la salvación. (...) Esta desobediencia originaria presupone el rechazo o, por lo menos, *el alejamiento de la verdad contenida en la palabra* de Dios, que crea el mundo. (...) La desobediencia significa, precisamente, pasar aquel límite que permanece insuperable para la voluntad y la libertad del hombre como ser creado. El hombre no puede decidir por sí mismo lo que es bueno y malo, no puede “conocer el bien y el mal” como si fuera Dios. Sí, en el mundo creado Dios es la fuente primera y suprema *para decidir sobre el bien y el mal*, mediante la íntima verdad del ser, que es reflejo *del Verbo*, el eterno Hijo, consustancial al Padre. Al hombre, creado a imagen de Dios, el Espíritu Santo da como don la *conciencia*, para que la imagen pueda reflejar fielmente en ella su modelo, que es sabiduría y ley eterna, fuente del orden moral en el hombre y en el mundo. La “desobediencia” como dimensión originaria del pecado, significa *rechazo*

de esta fuente por la pretensión del hombre de llegar a ser fuente autónoma y exclusiva en decidir sobre el bien y el mal» (Juan Pablo II, *Dominum et Vivificantem*, nn. 33-36).

El pecado original (Rom 5, 12-19)

2ª lectura

El Apóstol enseña lo que ha sido cumplido por medio de Cristo con los descendientes de Adán. Gracia y vida se contrastan con pecado y muerte. A diferencia de la transgresión de Adán, que llevó a todos a la condenación, la obediencia y justicia de Cristo conduce a todos a la justificación y a la vida.

Dos enseñanzas sobresalen en el pasaje: 1) el pecado de Adán y sus consecuencias, entre ellas, la muerte, que afecta a todos los hombres (vv. 12-14); y 2) el contraste entre los efectos del pecado original y los frutos de la Redención de Cristo (vv. 15-19).

Este pasaje es básico para la teología cristiana del pecado original. San Pablo nos revela que, a la luz de la muerte y resurrección de Cristo, podemos conocer que todos estamos implicados en el pecado de Adán, «que se trasmite, juntamente con la naturaleza humana, por propagación, no por imitación y que se halla como propio en cada uno» (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 419). Así como el pecado entró en el mundo por obra de quien representaba a toda la humanidad, así también la justicia nos llega a todos por un solo hombre, por el «nuevo Adán», Jesucristo, «el primogénito de toda criatura», «cabeza del cuerpo, que es la Iglesia» (Col 1,15.18). Cristo, por su obediencia a la voluntad del Padre, se contrapone a la desobediencia de Adán, devolviéndonos con creces la felicidad y la vida eterna que habíamos perdido. Porque donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia (Rm 5,20).

La existencia del pecado original es verdad de fe. El Papa Pablo VI lo volvió a proclamar: «Creemos que todos pecaron en Adán; lo que significa que la culpa original cometida por él hizo que la naturaleza, común a todos los hombres, cayera en un estado tal en el que padeciese las consecuencias de aquella culpa (...). Así pues, esta naturaleza humana, caída de esta manera, destituida del don de gracia del que antes estaba adornada, herida en sus mismas fuerzas naturales y sometida al imperio de la muerte, es dada a todos los hombres; por tanto, en este sentido, todo hombre nace en pecado» (*Credo del Pueblo de Dios*, n. 16).

Las tentaciones de Jesús (Mt 4, 1-11)

Evangelio

Antes de comenzar su obra mesiánica y de promulgar la Nueva Ley en el Discurso de la Montaña, Jesús se prepara con oración y ayuno en el desierto. Moisés había procedido de modo semejante antes de promulgar, en nombre de Dios, la Antigua Ley del Sinaí (cfr Ex 34,28), y Elías había caminado cuarenta días en el desierto para llevar a cabo su misión de renovar el cumplimiento de la Ley (cfr 1 R 19,5-8). También la Iglesia nos invita a renovarnos interiormente con prácticas penitenciales durante los cuarenta días de la Cuaresma, para que «la austeridad penitencial de estos días nos ayude en el combate cristiano contra las fuerzas del mal» (Misal Romano, *Miércoles de Ceniza, Oración colecta*).

Con el episodio de las tentaciones Mateo presenta a Jesús como el nuevo Israel, en contraste con el antiguo. Jesús es tentado, como lo fueron Moisés y el pueblo elegido en su peregrinar durante cuarenta años por el desierto. Los israelitas cayeron en la tentación: murmuraron contra Dios al sentir hambre (Ex 16,1ss.), exigieron un milagro cuando les faltó agua (Ex 17,1-7), adoraron al becerro de oro (Ex 32). Jesús, en cambio, vence la tentación y, al vencerla, manifiesta la manera que tiene de ser

Mesías: no como quien busca una exaltación personal, o un triunfo entre los hombres, sino con el cumplimiento abnegado de la voluntad de Dios manifestada en las Escrituras.

Las acciones de Jesús son también ejemplo para la vida de cada cristiano. Ante las dificultades y tentaciones, no debemos esperar en triunfos fáciles o en intervenciones inmediatas y aparatosas por parte de Dios; la confianza en el Señor y la oración, la gracia de Dios y la fortaleza, nos llevarán, como a Cristo, a la victoria: «Si el Señor permitió que le visitase el tentador, lo hizo para que tuviéramos nosotros, además de la fuerza de su socorro, la enseñanza de su ejemplo. (...) Venció a su adversario con las palabras de la Ley, no con el vigor de su brazo. (...) Triunfó sobre el enemigo mortal de los hombres no como Dios, sino como hombre. Ha combatido para enseñarnos a combatir en pos de Él. Ha vencido para que nosotros seamos vencedores de la misma manera» (S. León Magno, *Sermo 39 de Quadragesima*).

SAN JUAN CRISÓSTOMO (www.iveargentina.org)

Las tentaciones de Jesús en el desierto

Entonces fue llevado Jesús al desierto por el Espíritu para ser tentado por el diablo (Mt 4, 1)

ENTONCES. ¿Cuándo? Después de haber descendido el Espíritu Santo; después de aquella voz venida de las alturas, que decía: Este es mi Hijo muy amado en quien tengo mis complacencias. Y lo que es más estupendo: fue llevado por el Espíritu Santo, porque fue el Espíritu mismo quien lo llevó al desierto. Venía Cristo a enseñarnos y para esto hacía y padecía todo. Por esto quiso ser llevado allá y entrar en esta batalla con el demonio, para que cada uno de los bautizados, si tras del bautismo padece mayores tentaciones, no se perturbe, como si experimentara lo inesperado; sino que permanezca firme en padecer, pues todo le sucede conforme al recto orden de las cosas. Para esto tomaste las armas; no para estarte ocioso, sino para combatir.

Dios no impide las tentaciones que se nos echan encima, en primer lugar para que veas que te has hecho mucho más fuerte. Además, para que no te estimes en exceso y no te ensoberbezcas por la grandeza del don que se te ha conferido, puesto que las tentaciones te mantienen en humildad. Añádese para que el demonio maligno que duda si es verdad que has renunciado a él, por la experiencia de las tentaciones se confirme en que del todo te le has apartado. En cuarto lugar, para que así te forjes más duro que el hierro y más fuerte. En quinto lugar, para que tengas con esto la demostración del gran tesoro que te ha sido confiado. No te acometería el demonio si no te viera colocado en los más altos honores.

Tal fue el motivo por el que allá a los principios se levantó contra Adán, pues lo veía disfrutando de suma 'dignidad. Por igual razón se levantó contra Job, al verlo premiado y alabado por el Dios de todos. ¿Por qué dice: *Orad para que no caigáis .en la tentación?* (Mt 26, 41). Por eso no nos presenta a Jesús yendo espontáneamente a la tentación, sino llevado según una razonable providencia, dándonos a entender que no debemos exponernos, pero que si somos llevados a la tentación, la resistamos con fortaleza.

Considera a dónde lo llevó el Espíritu Santo: no a la ciudad, ni a la plaza, sino al desierto. Como el demonio quería halagarlo y atraerlo, el Espíritu Santo le presenta la ocasión, no únicamente por el lado del hambre sino también por el sitio mismo. El demonio especialmente nos acomete cuando nos ve solos y que andamos aparte de los demás. Así acometió a la mujer allá a los principios, llegándose a ella cuando estaba sola, sin su marido. Cuando ve a varios reunidos, no se

atreve a acometer. Por esto conviene que con frecuencia nos congreguemos, para que no seamos presa fácil del diablo.

Encontró, pues, el demonio a Jesús en el desierto y en una región sola y sin caminos. Que así fuera aquel paraje lo significa Marcos diciendo: *Y moraba entre las fieras* (Mc 1, 13). Pero advierte con cuánta astucia y perversidad se le acerca y qué ocasión escoge. No acomete a Jesús mientras éste ayuna, sino cuando tuvo hambre. Para que aprendas cuán grande bien es el ayuno y qué arma tan poderosa contra el demonio; y que después del bautismo no te has de entregar a los placeres ni a la embriaguez ni a los manjares, sino al ayuno. Por esto ayunó Jesús, no porque él lo necesitara, sino para instruirnos. Pues la crápula, antes del bautismo, había inducido al pecado, Jesús procedió como el que a un enfermo, ya vuelto a la salud, le ordena no volver a lo mismo de que la enfermedad le provino. Por esto tras del bautismo ayunó.

La intemperancia echó a Adán del paraíso; y en tiempo de Noé acarreó el diluvio; y arrojó sobre los sodomitas los rayos del castigo. Pues aun cuando en estos dos últimos casos el pecado fue de fornicación, pero la raíz del castigo brotó de la intemperancia. Así lo indicó Ezequiel al decir: *Mira cuál fue la impiedad de Sodoma: tuvo grande soberbia, hartura de pan y mucha ociosidad* (Ez 16, 49). Y lo mismo fue con los judíos: obraron la maldad en gran escala y cayeron en la perversidad a causa de la embriaguez y de las delicias del alimento.

Por esto Jesús ayuna cuarenta días, declarándonos así cuál es el remedio para la salvación. Ni pasa de los cuarenta días, no sea que el exceso del milagro obste a la fe en la nueva economía divina. Ahora ya no hay que temer aquello del Antiguo Testamento, cuando Moisés y Elías, sostenidos por el poder divino, pudieron llegar a tan largo ayuno. Si Jesús lo hubiera prolongado a muchos más días, sin duda que a muchos les habría parecido por esto increíble el misterio de la Encarnación.

Y habiendo ayunado cuarenta días y cuarenta noches, al fin tuvo hambre, dando así ocasión al demonio para acercársele; y para darnos en el encuentro el modo con que hay que superarlo y vencerlo. Esto mismo hacen los atletas, pues para enseñar a sus discípulos cómo han de vencer, espontáneamente traban luchas con otros en la palestra, mostrándoles en otros la forma, para que aprendan la manera de obtener la victoria. Así sucedió acá. Quería Jesús atraer al demonio al combate, y por esto le dejó ver su hambre y no lo esquivó cuando se le acercaba; y habiéndolo enfrentado una y dos y tres veces, lo venció con la facilidad que le convenía.

Mas, no sea que pasando de ligero sobre semejantes victorias algo quitemos a vuestra utilidad espiritual, comencemos por el primer encuentro, y enseguida examinaremos los otros dos con toda diligencia. Y pues Jesús sufría el hambre, acercándose el tentador le dijo: *Si eres hijo de Dios di a estas piedras que se conviertan en pan*. Como había oído la voz del cielo que decía: *Este es mi Hijo muy amado*; y había escuchado a Juan que tan grandes cosas testificaba; y luego lo ve hambriento, al fin quedó en duda. No lo podía creer solo hombre por lo que de él se había dicho; pero tampoco admitía que fuera el Hijo de Dios, pues lo veía padecer hambre. Dudoso en su ánimo, traduce sus dudas en sus palabras. Y al modo como acercándose a Adán allá al principio fingió lo que no había para cerciorarse de lo que en realidad había, así ahora, ignorando el secretísimo misterio de la nueva economía y no sabiendo en concreto quién era el que ahí presente se encontraba, procura fabricar nuevas redes, mediante las cuales creía poder llegar a saber lo que en la oscuridad estaba escondido.

¿Qué dice, pues? *Si eres el Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en pan*. No le dijo: puesto que tienes hambre, sino: si eres el Hijo de Dios, pensando que así lo halagaría. Calló lo del hambre para que no pareciera que se lo echaba en cara y lo avergonzaba. Ignorando la alteza de las cosas que se iban llevando a cabo, pensaba que hablarle del hambre le sonaría a injuria; por lo

cual, al modo de los que adulan, única pero dobladamente se refiere a su dignidad. Y ¿qué hace Cristo? Humillándole su hinchazón y demostrándole que de ninguna manera resultaba vergonzoso lo que le acontecía, ni era indigno de su sabiduría, echa por delante precisamente lo que el diablo había callado y le dice: *No de solo pan vive el hombre.*

Comienza, pues, por la necesidad del vientre. Pero, considera la astucia maligna del demonio y por dónde da principio al combate y cómo no se olvida de sus artes. Teje su engaño con lo mismo con que había derrotado al primer hombre hasta rodearlo de calamidades sin cuento. Es decir, con la intemperancia. Actualmente oímos a muchos decir que por el vientre nos han venido males sin número. Pero Cristo, demostrando que a quienes están dotados de virtud, semejante tiranía no puede obligarlos hasta el punto de imitar algo que sea contra la decencia, por una parte sufre el hambre y por otra no obedece al mandato del demonio; con lo que además nos enseña a no obedecer en nada al demonio. Y pues el primer hombre por este camino había ofendido a Dios y le había quebrantado su ley, ahora Cristo te enseña a pasar más adelante: de modo que aun cuando lo que el diablo ordena no sea pecado, ni aun así se le ha de obedecer.

Pero ¿qué digo pecado? Ni aun cuando ordenen los demonios algo útil, dice Cristo, se les ha de obedecer ni dar oídos. Por este motivo, a los demonios que lo predicaban y decían que Él era el Hijo de Dios, El mismo les prohibió que hablaran. Y Pablo a su vez increpó a los demonios a pesar de que lo que decían le resultaba útil. Al revés, más y más humillándolos y apartando de nosotros sus asechanzas, los rechazó aun cuando ellos predicaban verdades saludables; y les cerraba la boca y les imponía silencio. Tal es el motivo de que ahora Cristo no obedezca. Pues ¿qué es lo que responde?: *No de solo pan vive el hombre.* Como si dijera: puede Dios alimentar al hambriento aun con una palabra; y trae para ello el testimonio del Antiguo Testamento y nos enseña que aun oprimidos por el hambre o por otra cosa cualquiera que suframos, jamás debemos dejar de recurrir a Dios.

Y si alguno alegara que sería conveniente haberle demostrado eso mismo al demonio, le responderé: ¿Por qué? ¿Por cuál motivo? Pues a Jesús no se lo dijo para que lo creyera, sino para, según él pensaba, acusarlo y convencerlo de incrédulo. Habiendo el demonio engañado por este camino a los primeros hombres, demostró así que ellos no le creían suficientemente a Dios. Porque él les prometió exactamente todo lo contrario de lo que Dios les había dicho, hinchándolos con una vana esperanza y arrojándolos a la incredulidad, con lo que incluso los hizo perder los bienes que ya poseían.

Cristo, por su parte, no se muestra anuente a lo que el diablo quiere, ni tampoco a los judíos que anhelaban lo mismo que el diablo; enseñándonos por doquiera que aun cuando nos sea lícito hacer alguna cosa, sin embargo no debemos proceder a la ventura y sin motivo; y que aun en el caso de que la necesidad nos apriete, no debemos obedecer al demonio. ¿Qué hace, pues, aquel execrable vencido? Una vez que no pudo persuadir a Cristo de que lo obedeciera, aun oprimido por el hambre, ataca por otro lado y le dice: *Si eres el Hijo de Dios, échate de aquí abajo, pues está escrito: A sus ángeles encargará que te tomen en sus manos.*

¿Por qué el demonio en cada una de las tentaciones echa por delante eso de: si eres el Hijo de Dios? Lo hizo antes y lo repite ahora. Porque ya antes había difamado a Dios, al decir aquellas palabras: *El día en que de él comiereis se os abrirán los ojos* (Gn 3, 5), con las que les daba a entender que Dios los había engañado y que ningún beneficio habían recibido... Y subindicando lo mismo, dice ahora: en vano Dios te ha llamado hijo suyo y te ha engañado con ese don. Y si esto no es verdad, entonces es necesario que demuestres que ciertamente posees ese poder. Luego, como Cristo lo había refutado con un texto de la Escritura, ahora él aduce a su vez el testimonio de un profeta.

Y ¿por qué Cristo, ni indignado ni exasperado, le responde con gran mansedumbre y acudiendo de nuevo a las Sagradas Escrituras? Le dice: *No tentarás al Señor tu Dios*. Para enseñarnos que al demonio no se le ha de vencer mediante milagros, sino con la paciencia; y que nada debe hacerse por vana ostentación. Pero advierte la necedad del demonio, aun por el texto mismo que alega. Porque los textos aducidos por el Señor, ambos son oportunísimos para el caso; mientras que los alegados por el demonio, se disparan a la ventura y fuera de propósito y no cuadran con la cosa de que se trata.

El texto que dice: *Pues escrito está: a sus ángeles encargará que te tomen*, de ninguna manera es para persuadir a nadie a echarse de cabeza al precipicio, ni se profetizó tal cosa acerca de Cristo. Sin embargo, aunque el diablo lo usó así fraudulentamente, Jesús no lo contradijo; y eso que el diablo lo usaba en un sentido del todo contrario al verdadero. Semejante cosa, nadie la pide al Hijo de Dios. El echarse de cabeza al abismo es consejo del diablo y de los demonios. En cambio, lo propio de Dios es levantar al caído. Y si era cuestión de manifestar su poder, lo habría hecho no precipitándose él, ni echando abajo a otros, sino salvándolos. Eso de lanzarse uno a despeñaderos y precipicios es propio de las legiones diabólicas. Pero así suele proceder en todo ese antiguo engañador.

A pesar de todo, Cristo no le revela su naturaleza, sino que en todo le habla como si fuera simple hombre. Porque aquello de: *No de solo pan vive el hombre* y aquello de: *No tentarás al Señor tu Dios*, no eran tales palabras como para manifestar Cristo demasadamente su divinidad, sino más bien para declararse como uno de tantos hombres. Ni te extrañes de que el demonio, hablando con Cristo, se vuelva a una parte y a otra. Procede como los púgiles cuando han recibido heridas mortales que aun chorreando sangre por todos lados, llevados como de un vértigo, voltigean sin parar. Del mismo modo el diablo, oscurecida su mente con la primera y la segunda herida, ya simplemente profiere lo primero que se le ocurre; y así avanza para el tercer encuentro.

Y habiéndolo llevado a un monte muy alto y habiéndole mostrado todos los reinos del mundo, le dijo: *Todo esto te lo daré si de hinojos me adoras*. Entonces le dijo Jesús: *Apártate, Satanás, porque escrito está: Al Señor tu Dios adorarás y a él solo darás culto* (Dt 6, 13). Como el diablo pecaba ya contra el Padre, al decir que todas las cosas le pertenecían, como si fuera el Creador del universo, finalmente Jesús lo rechaza, y no con airadas expresiones, sino sencillamente ordenándole: *Apártate, Satanás*. Era esto más una orden que no una reprensión.

Preguntarás: ¿Cómo es que Lucas dice: acabado todo género de tentaciones? Yo pienso que fue para abarcar en resumen, por lo que dijo: todo género. Es decir, como abarcando en esto todas las demás. Puesto que las dichas abarcan otras innumerables: es decir, el estar sujeto a la gula, el obrar por vanagloria y el estar atado por el loco amor a los dineros. Como ese malvado sabía muy bien esto, puso al fin la más poderosa de las tentaciones, que es la codicia insaciable de riquezas. Ya desde el principio andaba tras de ésta, pero vino a sacarla a luz hasta el fin y para entonces la guardó, como la más fuerte que las otras. Porque es ley de esta clase de certámenes: que los medios que se consideran mejores para vencer se reservan para el fin. Así procedió el demonio en el caso de Job; y lo mismo hizo aquí. Habiendo comenzado por lo que le parecía más débil, avanzó luego a lo más poderoso.

Pero ¿cómo se podrá vencer esta pasión y mal? Como nos enseñó Cristo: recurriendo a Dios. De manera que ni por el hambre desfallezcamos, confiados en Aquel que con sola una palabra nos puede apacentar; ni con los bienes que hemos recibido tentemos al dador; sino que contentos con la gloria de allá arriba, despreciemos la humana y en todo rechazemos lo superfluo. Nada hay que mejor nos sujete al demonio como la avaricia y la insaciable codicia de poseer. Y podemos verlo por

lo que actualmente sucede. Hay quienes nos digan: todo esto te lo daré si postrándote me adoras. Hombres son los que lo dicen según su naturaleza, pero se han convertido en instrumentos del diablo.

Porque en aquel tiempo el demonio no acometió a Cristo únicamente por sí mismo, sino también por medio de otros instrumentos, como lo indicó Lucas al decir: *Se apartó de él hasta el tiempo determinado* (Lc 4, 13). Da a entender de este modo que más tarde acometió de nuevo mediante sus propios instrumentos. Y llegaron los ángeles y le servían. Mientras duraba el combate, no permitió que ellos se presentaran, para que no aterrorizaran al que él iba luego a vencer; pero una vez que en todo y por todo lo hubo derrotado y puesto en fuga, entonces se presentan los ángeles. Esto fue para que conozcas que también a ti, una vez que a ejemplo de Cristo hayas vencido, te recibirán con aplausos los ángeles y te rodearán por todas partes. Así a Lázaro, después del horno de la pobreza, el hambre y las aflicciones, los ángeles lo tomaron y lo llevaron consigo. Pues como ya lo tengo dicho, Cristo ahora va declarando muchos de los bienes de que luego disfrutaremos.

Y, puesto que todo se hizo por tu bien, imita, emula semejante victoria. Si se te acerca alguno de esos ministros del demonio con siniestras intenciones, y se burla de ti, y te dice: Tú eres grande, tú eres admirable, haz que este monte pase a otro lugar, no te turbes, no te impresiones, sino que con toda calma respóndele como has oído que le respondió Cristo: *No tentarás, al Señor tu Dios*. Y si te ordena que lo adores y te ofrece gloria, poder, riquezas inmensas, permanece firme. Porque el demonio ha procedido así no únicamente con el común Señor de todos nosotros, sino que cada día mueve contra cada uno de los siervos de Cristo esta clase de armas; y esto no sólo en los montes, y en los desiertos, sino también en las ciudades, en las plazas, en los tribunales; y no lo hace únicamente por sí solo, sino además por medio de hombres que son nuestros parientes.

¿Qué es, pues, lo que debemos hacer? No creerle, no prestarle oídos, aborrecerlo como adulator que es; y cuanto mayores cosas promete, tanto más conviene que nos le oponamos. A. Eva precisamente cuando mayor promesa le hacía, fue cuando la derribó y le causó el daño más terrible. Es en realidad un enemigo inexorable y ha emprendido contra nosotros una guerra implacable. No nos empeñamos nosotros tanto en nuestra salvación, como él en nuestra perdición. Apartémoslo, pues, y aborrecámoslo, no sólo con las palabras, sino con las obras; no, con sólo el pensamiento, sino con los hechos. Nada hagamos de cuanto a él le da gusto; y así en cambio haremos todo lo que a Dios agrada. Muchas cosas promete el demonio, pero no es para darnoslas, sino para sacar su ganancia.

El demonio promete dar de lo que no es suyo, para arrebatarnos el reino y la virtud. Promete en la tierra tesoros, o por mejor decir lazos y redes, para privarnos de los tesoros tanto de acá como de los celestiales: quiere que acá seamos ricos para que en la vida futura no lo seamos. Y si no puede despojarnos de la herencia del cielo mediante las riquezas, lo intenta mediante la pobreza, esperando lograr por este otro camino la victoria. Pero ¿qué podrá haber más necio? Pues quien es capaz de llevar las riquezas sin caer en intemperancia, también sabrá llevar la pobreza con ánimo firme. Quien no anhela las riquezas presentes sin duda que no buscará las ausentes, como lo hizo el bienaventurado Job, quien por la pobreza resultó más esclarecido.

Pudo el Maligno despojarlo de sus riquezas, pero en cambio respecto de la caridad con Dios, no sólo no pudo arrancársela, sino que se la devolvió más ardiente; y sólo logró que aquel varón, despojado de todo, brillara con bienes de todo género. Ante semejante resultado, no sabía ya el demonio qué camino tomar. Pues cuanto más graves heridas le causaba, tanto más valeroso lo encontraba. Y como tras de intentarlo todo en nada aprovecha, recurrió a su arma antigua, es decir a la mujer de Job. Esta, ocultando bajo la apariencia de providencia de Dios el ataque, describe en forma dolorosa y trágica sus desgracias y finge un consejo dañino con el que, según ella, se libraría

Job de todos sus males. Pero ni aun así venció el demonio. Porque aquel varón admirable cayó en la cuenta del cebo que le tendía y con gran prudencia cerró la boca de su mujer, que hablaba movida por el demonio.

Es lo que conviene que hagamos nosotros. Aunque nos hable y diga lo que no nos conviene disfrazado de hermano, o amigo o esposa, es necesario que lo rechacemos, no por razón de la persona que nos habla, sino por razón del mal consejo que nos da. Porque actualmente en muchas cosas procede así: se disfraza bajo el título de conmiseración; y apareciendo como benévolo deja caer palabras peores que cualquier veneno. Es propio del demonio adular y engañar y dañar; y es propio de Dios corregir para mejorar. No nos dejemos engañar y no busquemos a cualquier precio una vida de comodidades; pues dice la Escritura: *Al que Dios ama, lo corrige* (Pr 3, 12).

Debemos dolernos sobre todo cuando vivimos permanentemente y disfrutamos en todo de prosperidad; pues quien vive en pecado ha de estar en constante temor; pero de modo especial cuando no sufre ningún pesar. Cuando Dios va imponiendo la pena, por partes, es señal de que quiere aminorar el castigo. Pero cuando aguanta con paciencia cada pecado, nos reserva, si en pecar perseveramos, grandes castigos. Si los pesares son necesarios para los buenos, lo son mucho más para los pecadores.

Advierte la gran paciencia que tuvo Dios con el Faraón; y cómo finalmente hubo éste de soportar extremos castigos por todos sus pecados; y también de cuántos crímenes se hizo reo Nabucodonosor, pero al fin llevó la pena de todos ellos. Lo mismo sucedió al rico Epulón: puesto que en esta vida no había tenido sufrimientos, en la otra cayó en extrema miseria. Lleno de delicias en la vida presente, fue a pagar la pena de todas allá en donde no le era posible conseguir consuelo alguno para sus males.

Pero hay algunos tan necios y frívolos, que siempre andan buscando las cosas presentes únicamente; y aun profieren expresiones tan ridículas como éstas: Por ahora gocemos de todo lo presente y ya después veremos acerca de esos futuros inciertos; por ahora me daré a la gula, a los deleites y agotaré los placeres de esta vida. Deja en mi mano el día presente, que ese otro futuro yo te lo regalo. ¡Oh necedad sin término! Los que tal dicen ¿en qué se diferencian de los chivos y de los cerdos? Si el profeta no permite que a quienes anhelan en pos de la mujer de su prójimo se les dé el nombre de hombres ¿quién podrá acusarnos si nosotros los tenemos por estultos chivos y más que éstos, y por cerdos y asnos? Lo que es más claro que las cosas que vemos con los ojos lo juzgan dudoso e incierto.

Si a nadie quieres dar crédito, acércate a los demonios mientras son azotados: a esos que nada dejan por hacer en tratándose de nuestro daño. Porque no negarás que ellos hacen cuanto pueden por acrecentar nuestra desidia, quitarnos el temor de la *gehenna* y lograr que no creamos en el juicio futuro. Y sin embargo, ellos que tal desean, muchas veces gimiendo y lamentándose anuncian acá los tormentos que allá en la *gehenna* se usan. Mas ¿por qué los anuncian, y aun contra su voluntad los dicen? No por otro motivo sino porque son atormentados con más grandes castigos. Pues cierto que voluntariamente no querrían confesar que son atormentados por hombres que ya murieron; y ni aun siquiera decir que algo grave padecen.

¿Por qué motivo he dicho lo que acabo de decir? Porque esos mismos demonios que no quieren que creamos en la *gehenna*, la anuncian; y en cambio, tú, que tan grandes honores has recibido, y te haces partícipe de los divinos misterios, ni siquiera los imitas en eso, sino que te has vuelto peor que ellos. Preguntarás: pero ¿es que alguien ha venido del infierno para anunciarnoslo? Respondo: ¿acaso ha venido alguien y ha dicho que Dios todo lo ha creado? Pero bueno: ¿cómo se

prueba que tenemos alma? Yo digo que, si sólo has de creer lo que cae bajo los sentidos y dudas de la existencia de Dios, de los ángeles, del pensamiento y del alma, entonces se han hundido todos los dogmas. Ahora bien, si sólo quieres creer en las cosas que caen bajo los sentidos, lo razonable es que des más crédito a lo que no se ve que a lo sensible.

Si te parece paradójico lo que acabo de decir, sin embargo, es verdadero y manifiesto para quienes tienen entendimiento. Porque los ojos con frecuencia se engañan no únicamente respecto de lo invisible (pues esto ni siquiera lo conocen), sino en las cosas mismas que les parece que ven. Los imposibilitan la distancia, el aire interpuesto, la distracción, la ira, los cuidados y mil obstáculos que les impiden el fijarse bien. En cambio, el ojo del alma, si lo ilustra la luz de las Sagradas Escrituras, juzga más certeramente y con mayor exactitud de las cosas que el ojo corporal. No nos engañemos, pues, en vano, ni además del castigo que lleva consigo la desidia originada de semejantes opiniones, acumulemos sobre nosotros un castigo y fuego mayor, proveniente de sostener proposiciones tan falsas. Cierto es que de no haber juicio, tampoco seremos castigados ni premiados. Pero advertid hasta dónde apuntan vuestros blasfemos principios, pues llegáis a decir que Dios justo y manso en nada tiene tan grandes trabajos y sudores. Ahora bien: semejantes dislates ¿cómo pueden ser conformes con la recta razón?

Pero en fin, si por otras fuentes no, a lo menos por lo que en tu casa misma sucede, pondera esas afirmaciones y verás hasta qué punto son absurdas. Aunque seas el hombre más inhumano y cruel y aún más feroz que las fieras mismas, no querrás morir sin premiar a un criado que te ha servido bien, sino que le darás la libertad y aun le añadirás dineros; y puesto que tú vas a morir, ya no podrás en adelante hacerle beneficios; pero lo procuras mediante tus herederos y suplicas de todas maneras que tu siervo no quede sin paga. Ahora bien: si tú, hombre perverso, tan humano y benévolo te muestras con tu criado ¿la bondad inmensa de Dios, su inefable benignidad, su gran mansedumbre, a siervos suyos como Pedro, Pablo, Santiago y Juan, que día por día padecieron hambres, estuvieron encadenados, fueron azotados, padecieron naufragios, a éstos los dejará sin coronas?

Al vencedor en los juegos olímpicos, el que los preside lo proclama y lo corona; el señor a su siervo; el rey a sus soldados los colman de honores; y en fin quienquiera que es bien servido al que bien lo sirvió con los dones que puede lo remunera: ¿y sólo Dios, tras de tan abundantes sudores y grandes trabajos, no dará a sus siervos premio alguno ni grande ni pequeño; sino que esos excelentes y piadosos varones que acometieron toda clase de virtudes, habrán de quedar en la condición misma que los adúlteros, los parricidas, los homicidas y los violadores de sepulcros? ¿Es esto razonable? Si nada hay tras de la partida de este mundo; si todo lo nuestro está circunscrito a los límites de la vida presente, aquellos justos y estos pecadores se encuentran en la misma situación. Pero ¡no! ¡ni siquiera en la misma! Aunque según tú, tras de esta vida estarían en la misma situación, pero no lo estuvieron acá, pues unos pasaron su vida en perpetua tranquilidad, mientras los otros vivían en perpetuos suplicios. Pero ¿hay algún tirano monstruoso, hay alguien tan cruel, tan inhumano que así trate a sus siervos?

¿Adiertes lo enorme de semejante absurdo? ¿Ves a dónde conduce tu raciocinio? En consecuencia, si no convencido por otras razones, a lo menos por ésta, rechaza tan pésimas opiniones, huye de su malicia, emprende el trabajo de la virtud: verás luego cómo nuestras cosas no están circunscritas a los límites de la vida presente. Y si alguno te pregunta si alguien vino de la otra vida a comunicarnos esto, respóndele: De los hombres, nadie; pues si un hombre hubiera venido, muchos no le habrían dado crédito, puesto que dirían: exagera, amplifica. Pero ahora es el Señor de los ángeles quien vino para anunciarnoslo. ¿Qué necesidad tenemos, pues, de un hombre, cuando aquel mismo que te ha de imponer el castigo, diariamente clama que ha preparado la *gehenna* y que

premiará con el reino y nos ha dado claras pruebas de que así son las cosas? A la verdad si nunca hubiera de entrar en juicio, tampoco acá hubiera amenazado castigos.

Por otra parte ¿cómo es lógico que de entre los criminales a unos se les castigue y a otros no en absoluto? Si Dios no es aceptador de personas, como no lo es ¿por qué a uno lo castigó y a otro lo dejó vivir en la impunidad? Esto presenta una dificultad mayor que las ya enumeradas. Pero si quieres oírme con benevolencia, también a esta dificultad responderemos. ¿Qué solución tiene? Que ni castiga aquí a todos para que no pierdas la esperanza de la resurrección y el juicio futuro, como si durante la vida todos hubieran ya sido castigados, ni los deja a todos impunes para que no pienses que las cosas proceden sin providencia alguna. La realidad es que hace ambas cosas: castiga y deja de castigar.

Cuando castiga, demuestra que aun a los que aquí castigó allá de nuevo los castigará. Cuando deja impune, es para llevarte a creer que hay, tras del apartamiento de esta vida, un tribunal terrible. De manera que, si en absoluto no hiciera caso de las obras de acá, a nadie castigaría en esta vida, a nadie haría beneficios. Mas, por el contrario, observas cómo en beneficio tuyo desplegó los cielos, encendió el sol, afirmó la tierra, derramó los mares, expandió los aires, dispuso los giros de la luna, estableció leyes firmes para las estaciones del año e hizo que todos los demás seres llevaran a cabo, bajo su mirada e impulso, con exactitud, sus evoluciones.

Nuestra naturaleza y la de los irracionales, como las serpientes, los semovientes, los volátiles, los peces, los que viven en los estanques, en las fuentes, en los ríos, en los montes, en los barrancos, en los bosques, en las casas, en los aires, en los campos, las plantas, las simientes, los árboles ya silvestres ya cultivados, los que llevan fruto y los que no, en una palabra todos los seres, movidos por la incansable mano de Dios, ayudan para nuestra vida, y no sólo para lo necesario, sino para lo abundante, y nos ofrecen sus servicios a la manera de siervos. Pues quien ve tan excelente orden en todas las cosas, aun cuando nosotros apenas hayamos indicado una pequeñísima parte de ellas, ¿se atreverá a decir que Aquel que por nosotros hizo tantas y, tan excelentes obras, allá al fin nos olvidará y nos dejará hechos cadáveres, confundidos con los asnos y los, cerdos?

El que te honró con un don excelentísimo como es la religión y la piedad y con ello te igualó a los ángeles ¿te abandonará tras de haber tú sufrido infinitos trabajos y sudores? ¿Hay algo más ilógico? Si nosotros lo calláramos, las piedras lo gritarían ¡tan claro, tan manifiesto es, mucho más que los rayos del sol! Pensando estas cosas y estando firmísimos en nuestro ánimo acerca de que tras del término de la vida tendremos que presentarnos delante del terrible tribunal para dar cuenta de todo lo nuestro y recibir el castigo y experimentar la divina venganza si permanecemos en nuestros pecados, ó por el contrario, recibir el premio de las coronas y bienes inefables, con tal de que durante este breve tiempo tengamos temperancia, cerremos la boca de quienes se atreven a asegurar lo contrario. Tomemos el camino de la verdad para que con la conveniente confianza nos acerquemos al dicho tribunal y consigamos los bienes prometidos, por gracia y benignidad de nuestro Señor Jesucristo, a quien sea la gloria y el poder, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

Homilias sobre el Evangelio de San Mateo, XIII

FRANCISCO – Ángelus 2014 y Homilias en Santa Marta

Ángelus 2014

Jesús sabe bien que con Satanás no se puede dialogar

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

El Evangelio del primer domingo de Cuaresma presenta cada año el episodio de las tentaciones de Jesús, cuando el Espíritu Santo, que descendió sobre Él después del bautismo en el Jordán, lo llevó a afrontar abiertamente a Satanás en el desierto, durante cuarenta días, antes de iniciar su misión pública.

El tentador busca apartar a Jesús del proyecto del Padre, o sea, de la senda del sacrificio, del amor que se ofrece a sí mismo en expiación, para hacerle seguir un camino fácil, de éxito y de poder. El duelo entre Jesús y Satanás tiene lugar a golpes de citas de la Sagrada Escritura. El diablo, en efecto, para apartar a Jesús del camino de la cruz, le hace presente las falsas esperanzas mesiánicas: el bienestar económico, indicado por la posibilidad de convertir las piedras en pan; el estilo espectacular y milagrero, con la idea de tirarse desde el punto más alto del templo de Jerusalén y hacer que los ángeles le salven; y, por último, el atajo del poder y del dominio, a cambio de un acto de adoración a Satanás. Son los tres grupos de tentaciones: también nosotros los conocemos bien.

Jesús rechaza decididamente todas estas tentaciones y ratifica la firme voluntad de seguir la senda establecida por el Padre, sin compromiso alguno con el pecado y con la lógica del mundo. Mirad bien cómo responde Jesús. Él no dialoga con Satanás, como había hecho Eva en el paraíso terrenal. Jesús sabe bien que con Satanás no se puede dialogar, porque es muy astuto. Por ello, Jesús, en lugar de dialogar como había hecho Eva, elige refugiarse en la Palabra de Dios y responde con la fuerza de esta Palabra. Acordémonos de esto: en el momento de la tentación, de nuestras tentaciones, nada de diálogo con Satanás, sino siempre defendidos por la Palabra de Dios. Y esto nos salvará. En sus respuestas a Satanás, el Señor, usando la Palabra de Dios, nos recuerda, ante todo, que «no sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios» (*Mt* 4, 4; cf. *Dt* 8, 3); y esto nos da fuerza, nos sostiene en la lucha contra la mentalidad mundana que abaja al hombre al nivel de las necesidades primarias, haciéndole perder el hambre de lo que es verdadero, bueno y bello, el hambre de Dios y de su amor. Recuerda, además, que «está escrito también: “No tentarás al Señor, tu Dios”» (v. 7), porque el camino de la fe pasa también a través de la oscuridad, la duda, y se alimenta de paciencia y de espera perseverante. Jesús recuerda, por último, que «está escrito: “Al Señor, tu Dios, adorarás y a Él sólo darás culto”» (v. 10); o sea, debemos deshacernos de los ídolos, de las cosas vanas, y construir nuestra vida sobre lo esencial.

Estas palabras de Jesús encontrarán luego confirmación concreta en sus acciones. Su fidelidad absoluta al designio de amor del Padre lo conducirá, después de casi tres años, a la rendición final de cuentas con el «príncipe de este mundo» (*Jn* 16, 11), en la hora de la pasión y de la cruz, y allí Jesús reconducirá su victoria definitiva, la victoria del amor.

Queridos hermanos, el tiempo de Cuaresma es ocasión propicia para todos nosotros de realizar un camino de conversión, confrontándonos sinceramente con esta página del Evangelio. Renovemos las promesas de nuestro Bautismo: renunciemos a Satanás y a todas su obras y seducciones —porque él es un seductor—, para caminar por las sendas de Dios y llegar a la Pascua en la alegría del Espíritu (cf. *Oración colecta del IV Domingo de Cuaresma*, Año A).

La tentación es el pan nuestro de cada día

31 de enero de 2014

Cuando la presencia de Dios entre los hombres viene a menos, “se pierde el sentido del pecado” y de esta manera puede suceder de hacer pagar a otros el precio de nuestra “mediocridad cristiana”. Pidamos a Dios, exhortó el Papa, la gracia que en nosotros no disminuya jamás la presencia “de su Reino”.

Un pecado grave, como por ejemplo el adulterio, disminuido a un “problema de resolver”. La elección que cumple el rey David, narrada en la primera Lectura de hoy, se convierte en el espejo ante el cual el Papa colocó la conciencia de todo cristiano. David se encapricha de Betsabé, mujer de Urías, un general suyo, se la trajo y envió al marido al frente de batalla, causándole la muerte y de hecho perpetrando un asesinato. Sin embargo, adulterio y homicidio no lo impresionan tanto. “David se encuentra ante un gran pecado, pero él no lo percibe como un pecado”, observó el Pontífice. “No le viene a la mente pedir perdón. Aquello que le viene a la mente es: ‘¿Cómo resuelvo esto?’”:

“A todos nos puede pasar esto. Todos somos pecadores y todos estamos tentados y la tentación es el pan nuestro de cada día. Si alguno de nosotros dijese: ‘Pero yo jamás he tenido tentaciones’, o eres un querubín o eres un poco tonto, ¿no? Se entiende... En la vida es normal la lucha y el diablo no está tranquilo, él quiere su victoria. Pero el problema —el problema más grave en este pasaje— no es tanto la tentación y el pecado contra el noveno mandamiento, sino cómo reacciona David. Y aquí David no habla de pecado, habla de un problema que debe resolver. ¡Esto es una señal! Cuando el Reino de Dios viene a menos, cuando el Reino de Dios disminuye, uno de los signos es que se pierde el sentido del pecado”.

Cada día, rezando el “Padre Nuestro”, pedimos a Dios “Venga Tu Reino...”, lo que quiere decir “crezca Tu Reino”. Cuando en cambio se pierde el sentido del pecado, se pierde también “el sentido del Reino de Dios” y en su lugar surge una “visión antropológica súper potente”, aquella por la cual “yo puedo todo”:

“La potencia del hombre en lugar de la gloria de Dios! Éste es el pan de cada día. Por eso la oración de todos los días a Dios ‘Venga tu Reino, crezca tu Reino’, porque la salvación no vendrá de nuestras picardías, de nuestras astucias, de nuestra inteligencia para hacer negocios. La salvación vendrá de la gracia de Dios y del entrenamiento diario que hacemos de esta gracia en la vida cristiana”.

“El pecado más grande de hoy es que los hombres han perdido el sentido del pecado”. Francisco citó esta célebre frase de Pío XII y después dirigió la mirada a Urías, el hombre inocente mandado a la muerte por culpa de su rey. Urías, dice el Papa, se convierte entonces en el emblema de todas las víctimas de nuestra inconfesable soberbia:

“Les confieso, cuando veo estas injusticias, esta soberbia humana, también cuando veo el peligro de que a mí mismo me suceda esto, el peligro de perder el sentido del pecado, me hace bien pensar en los tantos Urías de la historia, en los tantos Urías que también hoy sufren nuestra mediocridad cristiana, cuando nosotros perdemos el sentido del pecado, cuando nosotros dejamos que el Reino de Dios disminuya... Estos son los mártires de nuestros pecados no reconocidos. Hoy nos hará bien rezar por nosotros, para que el Señor nos dé siempre la gracia de no perder el sentido del pecado, para que el Reino no disminuya en nosotros. También llevar una flor espiritual a la tumba de estos Urías contemporáneos, que pagan la cuenta del banquete de los seguros, de aquellos cristianos que se sienten seguros”.

Cuando somos tentados, sólo la Palabra de Dios nos salva.

18 de febrero de 2014

Resistir a la seducción de las tentaciones es posible solamente “cuando se escucha la Palabra de Jesús”. No obstante nuestras debilidades, repitió el Papa, Cristo nos da siempre “confianza” y nos abre un horizonte más amplio de nuestros límites.

La tentación se manifiesta como una atracción inocua y termina por transformarse en una jaula, de la que a menudo más que buscar evitarla se intenta minimizar su esclavitud, sordos a la Palabra de Dios. En su homilía, el Papa reafirmó una verdad y una secuencia descritas por Santiago en un pasaje de su Epístola, propuesta por la liturgia. La verdad es que jamás es Dios quien tienta al hombre, sino sus pasiones. La secuencia es aquella producida por las mismas pasiones las cuales, dice el Apóstol, “conciben y generan el pecado. Y el pecado, una vez cometido, produce la muerte”:

“La tentación, ¿de dónde viene? ¿Cómo actúa dentro de nosotros? El apóstol nos dice que no viene de Dios, sino de nuestras pasiones, de nuestras debilidades interiores, de las heridas que ha dejado en nosotros el pecado original: las tentaciones vienen de allí, de estas pasiones. Es curioso, la tentación tiene tres características: crece, contagia y se justifica. Crece: comienza como si nada, y crece... El mismo Jesús decía esto, cuando habló de la parábola del grano y de la cizaña: el grano crecía, pero también la cizaña sembrada por el enemigo. Y la tentación crece: crece, crece... Y si uno no la detiene, ocupa todo”.

Además, la tentación “busca otro para hacerse compañía, contagia” y “en este crecer y contagiar, la tentación nos encierra en un ambiente de donde no se puede salir con facilidad”. Es la experiencia de los Apóstoles narrada en el Evangelio del día, que ve a los Doce culparse unos a otros bajo los ojos del Maestro por no haber traído pan a bordo de la barca. Jesús, quizás sonriendo por aquel altercado, los invita a estar “atentos de la levadura de los fariseos y de la levadura de Herodes.” Pero los Apóstoles que por un poco insisten, sin escucharlo, “tan cerrados en el problema de quién tuviese la culpa por no haber traído pan no tenían lugar, no tenían tiempo, no tenían luz para la Palabra de Dios”:

“Y así, cuando estamos tentados, no escuchamos la Palabra de Dios: no escuchamos. No entendemos. Y Jesús ha debido recordar la multiplicación de los panes para hacerlos salir de aquel ambiente, porque la tentación nos encierra, nos quita toda capacidad de previsión, nos cierra todo horizonte, y así nos lleva al pecado. Cuando estamos tentados, solo la Palabra de Dios, la Palabra de Jesús nos salva. Escuchar aquella Palabra que nos abre el horizonte... Él siempre está dispuesto a enseñarnos cómo salir de la tentación. Y Jesús es grande porque no solo nos hace salir de la tentación, sino que nos da más confianza”.

Esta confianza es “una fuerza grande, cuando somos tentados: el Señor nos espera”, “se fía de nosotros tentados, pecadores”, “abre siempre horizontes”. Por el contrario, el diablo con “la tentación, encierra, cierra, cierra” y hace “crecer” un ambiente parecido a la barca de los Apóstoles. No dejarse “encarcelar” por este tipo de ambiente es posible sólo “cuando se escucha la Palabra de Jesús”:

“Pidamos al Señor que siempre, como hizo con los discípulos, con su paciencia, cuando somos tentados nos diga: ‘Detente, estate tranquilo. Acuérdate que hice contigo en aquel momento, en aquel tiempo: acuérdate. Alza los ojos, mira el horizonte, no cerrar, no te cierres, va adelante’. Y esta Palabra nos salvará de caer en el pecado en el momento de la tentación”.

BENEDICTO XVI – Ángelus 2008 y 2011

2008

Queridos hermanos y hermanas:

El miércoles pasado, con el ayuno y el rito de imposición de la ceniza, hemos entrado en la Cuaresma. Pero, ¿qué significa “entrar en la Cuaresma”? Significa iniciar un tiempo de particular empeño en el combate espiritual que nos opone al mal presente en el mundo, en cada uno de nosotros

y en torno a nosotros. Quiere decir mirar el mal cara a cara y disponerse a luchar contra sus efectos, sobre todo contra sus causas, hasta la causa última, que es Satanás. Significa no descargar el problema del mal en los demás, en la sociedad o en Dios, sino reconocer las propias responsabilidades y afrontarlo conscientemente. A este propósito, resuena con mucha urgencia, para nosotros cristianos, la invitación de Jesús a que cada uno tome su “cruz” y lo siga con humildad y confianza (cf. *Mt* 16, 24). La “cruz”, por pesada que sea, no es sinónimo de desventura, de desgracia que hay que evitar lo más posible, sino de oportunidad para seguir a Jesús y así adquirir fuerza en la lucha contra el pecado y el mal. Por tanto, entrar en la Cuaresma significa renovar la decisión personal y comunitaria de afrontar el mal junto con Cristo. En efecto, el camino de la cruz es el único que conduce a la victoria del amor sobre el odio, del compartir con los demás sobre el egoísmo, de la paz sobre la violencia. Vista así, la Cuaresma es en verdad una ocasión de fuerte empeño ascético y espiritual, fundado en la gracia de Cristo.

Este año, el inicio de la Cuaresma coincide providencialmente con el 150° aniversario de las apariciones de Lourdes. Cuatro años después de la proclamación del dogma de la Inmaculada Concepción por parte del beato Pío IX, María se apareció por primera vez el 11 de febrero de 1858 a santa Bernardita Soubirous en la gruta de Massabielle. Siguió luego otras apariciones, acompañadas de acontecimientos extraordinarios, y al final la Virgen santísima se despidió revelando a la joven vidente, en el dialecto local: “Yo soy la Inmaculada Concepción”. El mensaje que la Virgen sigue difundiendo en Lourdes recuerda las palabras que Jesús pronunció precisamente al inicio de su misión pública, y que volvemos a escuchar muchas veces durante estos días de Cuaresma: “Convertíos y creed en el Evangelio”, rezad y haced penitencia. Acojamos la invitación de María, que hace eco a la de Cristo, y pidámosle que nos obtenga “entrar” con fe en la Cuaresma, para vivir con alegría interior y empeño generoso este tiempo de gracia.

2011

Queridos hermanos y hermanas:

Hoy es el primer domingo de Cuaresma, el tiempo litúrgico de cuarenta días que constituye en la Iglesia un camino espiritual de preparación para Pascua. Se trata, en definitiva, de seguir a Jesús, que se dirige decididamente hacia la Cruz, culmen de su misión de salvación. Si nos preguntamos: ¿por qué la Cuaresma? ¿Por qué la Cruz? La respuesta, en términos radicales, es ésta: porque existe el mal, es más, el pecado, que según las Escrituras es la causa profunda de todo mal. Pero esta afirmación no es algo que se puede dar por descontado, y la misma palabra “pecado” no es aceptada por muchos, pues presupone una visión religiosa del mundo y del hombre. De hecho, es verdad: si se elimina a Dios del horizonte del mundo, no se puede hablar de pecado. Al igual que cuando se esconde el sol desaparecen las sombras –la sombra sólo parece cuando hay sol–, del mismo modo el eclipse de Dios comporta necesariamente el eclipse del pecado. Por este motivo, el sentido del pecado –que es algo diferente al “sentido de culpa”, como lo entiende la psicología–, se alcanza redescubriendo el sentido de Dios. Lo expresa el Salmo *Miserere*, atribuido al rey David con motivo de su doble pecado de adulterio y de homicidio: “Contra ti –dice David dirigiéndose a Dios–, contra ti sólo he pecado” (*Salmo* 51,6).

Ante el mal moral, la actitud de Dios es la de oponerse al pecado y salvar al pecador. Dios no tolera el mal, pues es Amor, Justicia, Fidelidad; y precisamente por este motivo no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva. Para salvar a la humanidad, Dios interviene: lo vemos en toda la historia del pueblo judío, a partir de la liberación de Egipto. Dios está determinado a liberar a

sus hijos de la esclavitud para conducirles a la libertad. Y la esclavitud más grave y profunda es precisamente la del pecado. Por este motivo, Dios ha enviado a su Hijo al mundo: para liberar a los hombres del dominio de Satanás, “origen y causa de todo pecado”. Lo ha enviado a nuestra carne mortal para que se convirtiera en víctima de expiación, muriendo por nosotros en la cruz. Contra este plan de salvación definitivo y universal, el Diablo se ha opuesto con todas sus fuerzas, como lo demuestra en particular el Evangelio de las tentaciones de Jesús en el desierto, que es proclamado cada año en el primer domingo de Cuaresma. De hecho, entrar en este período litúrgico significa ponerse cada vez del lado de Cristo contra el pecado, afrontar –ya sea como personas ya sea como Iglesia– el combate espiritual contra el espíritu del mal (Miércoles de Ceniza, oración colecta).

Por este motivo, invocamos la ayuda maternal de María Santísima para el camino cuaresmal que acaba de comenzar para que esté lleno de frutos de conversión. Pido un recuerdo especial en la oración por mí y mis colaboradores de la Curia Romana, que esta noche comenzaremos la semana de Ejercicios Espirituales.

DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos

II. LOS DOMINGOS DE CUARESMA

57. Si el Triduo Pascual y los sucesivos cincuenta días son el centro radiante del año litúrgico, la Cuaresma es el tiempo que prepara las mentes y los corazones del pueblo cristiano a la digna celebración de estos días. Es, también, el tiempo de la preparación última de los catecúmenos que serán bautizados en la Vigilia Pascual. Su camino ha de ser acompañado de la fe, la oración y el testimonio de toda la comunidad eclesial. Las lecturas bíblicas del Tiempo de Cuaresma encuentran su sentido más profundo en relación al Misterio Pascual, para el que nos disponen. Ofrecen, por ello, evidentes ocasiones para poner en práctica un principio fundamental presentado en este **Directorio**: llevar las lecturas de la Misa a su centro, que es el Misterio Pascual de Jesús, en el que entramos de modo más profundo mediante la celebración de los Sacramentos pascuales. Los **Praenotanda** señalan, para los dos primeros domingos de Cuaresma, el uso tradicional de las narraciones de los Evangelios de la Tentación y de la Transfiguración, hablando de ellos en relación con las otras lecturas: «Las lecturas del Antiguo Testamento se refieren a la Historia de la Salvación, que es uno de los temas propios de la catequesis cuaresmal. Cada año hay una serie de textos que presentan los principales elementos de esta historia, desde el principio hasta la promesa de la nueva alianza. Las lecturas del Apóstol se han escogido de manera que tengan relación con las lecturas del Evangelio y del Antiguo Testamento y haya, en lo posible, una adecuada conexión entre las mismas» (OLM 97).

A. El Evangelio del I domingo de Cuaresma

58. No es difícil para los fieles relacionar los cuarenta días transcurridos por Jesús en el desierto con los días de la Cuaresma. Sería conveniente que el homileta explicitara esta conexión, con el fin de que el pueblo cristiano comprenda cómo la Cuaresma, cada año, hace a los fieles misteriosamente partícipes de estos cuarenta días de Jesús y de lo que él sufrió y obtuvo, mediante el ayuno y el haber sido tentado. Mientras es costumbre para los católicos empeñarse en diversas prácticas penitenciales y de devoción durante este tiempo, es importante subrayar la realidad profundamente **sacramental** de toda la Cuaresma. En la oración colecta del I domingo de Cuaresma aparece, de suyo, esta significativa expresión: «...per annua quadragesimalis exercitia sacramenti». El mismo Cristo está presente y operante en la Iglesia en este tiempo santo, y es su obra purificadora en los miembros de su Cuerpo la que da valor salvífico a nuestras prácticas penitenciales. El prefacio asignado para este

domingo afirma maravillosamente esta idea, diciendo: «El cual, al abstenerse durante cuarenta días de tomar alimento, inauguró la práctica de nuestra penitencia cuaresmal...». El lenguaje del prefacio hace de puente entre la Escritura y la Eucaristía.

59. Los cuarenta días de Jesús evocan los cuarenta años de peregrinación de Israel por el desierto; toda la historia de Israel se recrea en él. Por ello aparece como una escena en la que se concentra uno de los mayores temas de este *Directorio*: la historia de Israel, que corresponde con la historia de nuestra vida, encuentra su sentido definitivo en la Pasión sufrida por Jesús. La Pasión se inicia, en un cierto sentido, en el desierto, al comienzo, metafóricamente hablando, de la vida pública de Jesús. Desde el principio, por tanto, Jesús va al encuentro de la Pasión y aquí encuentra significado todo lo que sigue.

60. Un párrafo del *Catecismo de la Iglesia Católica* puede revelarse útil en la preparación de las homilías, en particular para afrontar temas doctrinales enraizados en el texto bíblico. A propósito de las tentaciones de Jesús, el *Catecismo* afirma: «Los evangelios indican el sentido salvífico de este acontecimiento misterioso. Jesús es el nuevo Adán que permaneció fiel allí donde el primero sucumbió a la tentación. Jesús cumplió perfectamente la vocación de Israel: al contrario de los que anteriormente provocaron a Dios durante cuarenta años por el desierto, Cristo se revela como el Siervo de Dios totalmente obediente a la voluntad divina. En esto Jesús es vencedor del diablo; él ha “atado al hombre fuerte” para despojarle de lo que se había apropiado. La victoria de Jesús en el desierto sobre el Tentador es un anticipo de la victoria de la Pasión, suprema obediencia de su amor filial al Padre» (CEC 539).

61. Las tentaciones a las que Jesús se ve sometido representan la lucha contra una comprensión equivocada de su misión mesiánica. El diablo le impulsa a mostrarse un Mesías que despliega los propios poderes divinos: «Si tú eres Hijo de Dios...» iniciaba el tentador. El que profetiza la lucha decisiva que Jesús tendrá que afrontar en la cruz, cuando oirá las palabras de mofa: «¡Sálvate a ti mismo bajando de la cruz!». Jesús no cede a las tentaciones de Satanás, ni se baja de la cruz. Es exactamente de esta manera como Jesús da prueba de entrar verdaderamente en el desierto de la existencia humana y no usa su poder divino en beneficio propio. Él acompaña verdaderamente nuestra peregrinación terrena y revela el poder real de Dios, el de amarnos «hasta el extremo» (Jn 13,1).

62. El homileta debería subrayar que Jesús está sometido a la tentación y a la muerte por solidaridad con nosotros. Pero la Buena Noticia que el homileta anuncia, no es solo la solidaridad de Jesús con nosotros en el sufrimiento; anuncia, también, la victoria de Jesús sobre la tentación y sobre la muerte, victoria que comparte con todos los que creen en él. La garantía decisiva de que tal victoria sea compartida por todos los creyentes será la celebración de los Sacramentos Pascuales en la Vigilia pascual, hacia la que ya está orientado el primer domingo de Cuaresma. El homileta se mueve en la misma dirección.

63. Jesús ha resistido a la tentación del demonio que le inducía a transformar las piedras en pan, pero, al final y de un modo que la mente humana no habría nunca podido imaginar, con su Resurrección, Él transforma la «piedra» de la muerte en «pan» para nosotros. A través de la muerte, se convierte en el pan de la Eucaristía. El homileta tendría que recordar a la asamblea que se alimenta de este pan celeste, que la victoria de Jesús sobre la tentación y sobre la muerte, compartida por medio del Sacramento, transforma sus «corazones de piedra en corazones de carne», como lo prometido por el Señor mediante el profeta, corazones que se esfuerzan en hacer tangible, en sus vidas cotidianas, el amor misericordioso de Dios. De este modo, la fe cristiana puede transformarse en levadura en un mundo hambriento de Dios, y las piedras serán de verdad transformadas en

alimento que llene el vivo deseo del corazón humano.

CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

La tentación de Jesús

394. La Escritura atestigua la influencia nefasta de aquel a quien Jesús llama “homicida desde el principio” (Jn 8,44) y que incluso intentó apartarlo de la misión recibida del Padre (cf. Mt 4,1-11). “El Hijo de Dios se manifestó para deshacer las obras del diablo” (1 Jn 3,8). La más grave en consecuencias de estas obras ha sido la seducción mentirosa que ha inducido al hombre a desobedecer a Dios.

538. Los Evangelios hablan de un tiempo de soledad de Jesús en el desierto inmediatamente después de su bautismo por Juan: “Impulsado por el Espíritu” al desierto, Jesús permanece allí sin comer durante cuarenta días; vive entre los animales y los ángeles le servían (cf. Mc 1, 12-13). Al final de este tiempo, Satanás le tienta tres veces tratando de poner a prueba su actitud filial hacia Dios. Jesús rechaza estos ataques que recapitulan las tentaciones de Adán en el Paraíso y las de Israel en el desierto, y el diablo se aleja de él “hasta el tiempo determinado” (Lc 4, 13).

539. Los evangelistas indican el sentido salvífico de este acontecimiento misterioso. Jesús es el nuevo Adán que permaneció fiel allí donde el primero sucumbió a la tentación. Jesús cumplió perfectamente la vocación de Israel: al contrario de los que anteriormente provocaron a Dios durante cuarenta años por el desierto (cf. Sal 95, 10), Cristo se revela como el Siervo de Dios totalmente obediente a la voluntad divina. En esto Jesús es vencedor del diablo; él ha “atado al hombre fuerte” para despojarle de lo que se había apropiado (Mc 3, 27). La victoria de Jesús en el desierto sobre el Tentador es un anticipo de la victoria de la Pasión, suprema obediencia de su amor filial al Padre.

540. La tentación de Jesús manifiesta la manera que tiene de ser Mesías el Hijo de Dios, en oposición a la que le propone Satanás y a la que los hombres (cf Mt 16, 21-23) le quieren atribuir. Es por eso por lo que Cristo venció al Tentador a favor nuestro: “Pues no tenemos un Sumo Sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras flaquezas, sino probado en todo igual que nosotros, excepto en el pecado” (Hb 4, 15). La Iglesia se une todos los años, durante los cuarenta días de Cuaresma, al Misterio de Jesús en el desierto.

2119. La acción de tentar a Dios consiste en poner a prueba de palabra o de obra, su bondad y su omnipotencia. Así es como Satán quería conseguir de Jesús que se arrojara del templo y obligase a Dios, mediante este gesto, a actuar (cf Lc 4,9). Jesús le opone las palabras de Dios: “No tentarás al Señor tu Dios” (Dt 6,16). El reto que contiene este tentar a Dios lesiona el respeto y la confianza que debemos a nuestro Criador y Señor. Incluye siempre una duda respecto a su amor, su providencia y su poder (cf 1 Co 10,9; Ex 17,2-7; Sal 95,9).

“No nos dejes caer en la tentación”

2846. Esta petición llega a la raíz de la anterior, porque nuestros pecados son los frutos del consentimiento a la tentación. Pedimos a nuestro Padre que no nos “deje caer” en ella. Traducir en una sola palabra el texto griego es difícil: significa “no permitas entrar en” (cf Mt 26, 41), “no nos dejes sucumbir a la tentación”. “Dios ni es tentado por el mal ni tienta a nadie” (St 1, 13), al contrario, quiere librarnos del mal. Le pedimos que no nos deje tomar el camino que conduce al pecado, pues estamos empeñados en el combate “entre la carne y el Espíritu”. Esta petición implora el Espíritu de discernimiento y de fuerza.

2847. El Espíritu Santo nos hace discernir entre la prueba, necesaria para el crecimiento del hombre interior (cf Lc 8, 13-15; Hch 14, 22; 2 Tm 3, 12) en orden a una “virtud probada” (Rm 5, 3-5), y la

tentación que conduce al pecado y a la muerte (cf St 1, 14-15). También debemos distinguir entre “ser tentado” y “consentir” en la tentación. Por último, el discernimiento desenmascara la mentira de la tentación: aparentemente su objeto es “bueno, seductor a la vista, deseable” (Gn 3, 6), mientras que, en realidad, su fruto es la muerte.

Dios no quiere imponer el bien, quiere ser libres... En algo la tentación es buena. Todos, menos Dios, ignoran lo que nuestra alma ha recibido de Dios, incluso nosotros. Pero la tentación lo manifiesta para enseñarnos a conocernos, y así, descubrimos nuestra miseria, y obligarnos a dar gracias por los bienes que la tentación nos ha manifestado (Orígenes, or. 29).

2848. “No entrar en la tentación” implica una decisión del corazón: “Porque donde esté tu tesoro, allí también estará tu corazón... Nadie puede servir a dos señores” (Mt 6, 21-24). “Si vivimos según el Espíritu, obremos también según el Espíritu” (Ga 5, 25). El Padre nos da la fuerza para este “dejarnos conducir” por el Espíritu Santo. “No habéis sufrido tentación superior a la medida humana. Y fiel es Dios que no permitirá que seáis tentados sobre vuestras fuerzas. Antes bien, con la tentación os dará modo de poderla resistir con éxito” (1 Co 10, 13).

2849. Pues bien, este combate y esta victoria sólo son posibles con la oración. Por medio de su oración, Jesús es vencedor del Tentador, desde el principio (cf Mt 4, 11) y en el último combate de su agonía (cf Mt 26, 36-44). En esta petición a nuestro Padre, Cristo nos une a su combate y a su agonía. La vigilancia del corazón es recordada con insistencia en comunión con la suya (cf Mc 13, 9. 23. 33-37; 14, 38; Lc 12, 35-40). La vigilancia es “guarda del corazón”, y Jesús pide al Padre que “nos guarde en su Nombre” (Jn 17, 11). El Espíritu Santo trata de despertarnos continuamente a esta vigilancia (cf 1 Co 16, 13; Col 4, 2; 1 Ts 5, 6; 1 P 5, 8). Esta petición adquiere todo su sentido dramático referida a la tentación final de nuestro combate en la tierra; pide la perseverancia final. “Mira que vengo como ladrón. Dichoso el que esté en vela” (Ap 16, 15).

Cristo nos libra del mal

1505. Conmovido por tantos sufrimientos, Cristo no sólo se deja tocar por los enfermos, sino que hace suyas sus miserias: “Él tomó nuestras flaquezas y cargó con nuestras enfermedades” (Mt 8,17; cf Is 53,4). No curó a todos los enfermos. Sus curaciones eran signos de la venida del Reino de Dios. Anunciaban una curación más radical: la victoria sobre el pecado y la muerte por su Pascua. En la Cruz, Cristo tomó sobre sí todo el peso del mal (cf Is 53,4-6) y quitó el “pecado del mundo” (Jn 1,29), del que la enfermedad no es sino una consecuencia. Por su pasión y su muerte en la Cruz, Cristo dio un sentido nuevo al sufrimiento: desde entonces éste nos configura con él y nos une a su pasión redentora.

LA CAIDA

385. Dios es infinitamente bueno y todas sus obras son buenas. Sin embargo, nadie escapa a la experiencia del sufrimiento, de los males en la naturaleza -que aparecen como ligados a los límites propios de las criaturas-, y sobre todo a la cuestión del mal moral. ¿De dónde viene el mal? “Quaerebam unde malum et non erat exitus” (“Buscaba el origen del mal y no encontraba solución”) dice S. Agustín (conf. 7,7.11), y su propia búsqueda dolorosa sólo encontrará salida en su conversión al Dios vivo. Porque “el misterio de la iniquidad” (2 Ts 2,7) sólo se esclarece a la luz del “Misterio de la piedad” (1 Tm 3,16). La revelación del amor divino en Cristo ha manifestado a la vez la extensión del mal y la sobreabundancia de la gracia (cf. Rm 5,20). Debemos, por tanto, examinar la cuestión del origen del mal fijando la mirada de nuestra fe en el que es su único Vencedor (cf. Lc 11,21-22; Jn 16,11; 1 Jn 3,8).

I. DONDE ABUNDO EL PECADO, SOBREABUNDO LA GRACIA

La realidad del pecado

386. El pecado está presente en la historia del hombre: sería vano intentar ignorarlo o dar a esta oscura realidad otros nombres. Para intentar comprender lo que es el pecado, es preciso en primer lugar reconocer el vínculo profundo del hombre con Dios, porque fuera de esta relación, el mal del pecado no es desenmascarado en su verdadera identidad de rechazo y oposición a Dios, aunque continúe pesando sobre la vida del hombre y sobre la historia.

387. La realidad del pecado, y más particularmente del pecado de los orígenes, sólo se esclarece a la luz de la Revelación divina. Sin el conocimiento que ésta nos da de Dios no se puede reconocer claramente el pecado, y se siente la tentación de explicarlo únicamente como un defecto de crecimiento, como una debilidad psicológica, un error, la consecuencia necesaria de una estructura social inadecuada, etc. Sólo en el conocimiento del designio de Dios sobre el hombre se comprende que el pecado es un abuso de la libertad que Dios da a las personas creadas para que puedan amarle y amarse mutuamente.

El pecado original - una verdad esencial de la fe

388. Con el desarrollo de la Revelación se va iluminando también la realidad del pecado. Aunque el Pueblo de Dios del Antiguo Testamento conoció de alguna manera la condición humana a la luz de la historia de la caída narrada en el Génesis, no podía alcanzar el significado último de esta historia que sólo se manifiesta a la luz de la Muerte y de la Resurrección de Jesucristo (cf. Rm 5,12-21). Es preciso conocer a Cristo como fuente de la gracia para conocer a Adán como fuente del pecado. El Espíritu-Paráclito, enviado por Cristo resucitado, es quien vino “a convencer al mundo en lo referente al pecado” (Jn 16,8) revelando al que es su Redentor.

389. La doctrina del pecado original es, por así decirlo, “el reverso” de la Buena Nueva de que Jesús es el Salvador de todos los hombres, que todos necesitan salvación y que la salvación es ofrecida a todos gracias a Cristo. La Iglesia, que tiene el sentido de Cristo (cf. 1 Cor 2,16) sabe bien que no se puede lesionar la revelación del pecado original sin atentar contra el Misterio de Cristo.

Para leer el relato de la caída

390. El relato de la caída (Gn 3) utiliza un lenguaje hecho de imágenes, pero afirma un acontecimiento primordial, un hecho que tuvo lugar al comienzo de la historia del hombre (cf. GS 13,1). La Revelación nos da la certeza de fe de que toda la historia humana está marcada por el pecado original libremente cometido por nuestros primeros padres (cf. Cc. de Trento: DS 1513; Pío XII: DS 3897; Pablo VI, discurso 11 Julio 1966).

III. EL PECADO ORIGINAL

La prueba de la libertad

396. Dios creó al hombre a su imagen y lo estableció en su amistad. Criatura espiritual, el hombre no puede vivir esta amistad más que en la forma de libre sumisión a Dios. Esto es lo que expresa la prohibición hecha al hombre de comer del árbol del conocimiento del bien y del mal, “porque el día que comieres de él, morirás” (Gn 2,17). “El árbol del conocimiento del bien y del mal” evoca simbólicamente el límite infranqueable que el hombre en cuanto criatura debe reconocer libremente y respetar con confianza. El hombre depende del Creador, está sometido a las leyes de la Creación y a las normas morales que regulan el uso de la libertad.

El primer pecado del hombre

397. El hombre, tentado por el diablo, dejó morir en su corazón la confianza hacia su creador (cf. Gn 3,1-11) y, abusando de su libertad, desobedeció al mandamiento de Dios. En esto consistió el primer pecado del hombre (cf. Rm 5,19). En adelante, todo pecado será una desobediencia a Dios y una falta de confianza en su bondad.

398. En este pecado, el hombre se prefirió a sí mismo en lugar de Dios, y por ello despreció a Dios: hizo elección de sí mismo contra Dios, contra las exigencias de su estado de criatura y, por tanto, contra su propio bien. El hombre, constituido en un estado de santidad, estaba destinado a ser plenamente “divinizado” por Dios en la gloria. Por la seducción del diablo quiso “ser como Dios” (cf. Gn 3,5), pero “sin Dios, antes que Dios y no según Dios” (S. Máximo Confesor, ambig.).

399. La Escritura muestra las consecuencias dramáticas de esta primera desobediencia. Adán y Eva pierden inmediatamente la gracia de la santidad original (cf. Rm 3,23). Tienen miedo del Dios (cf. Gn 3,9-10) de quien han concebido una falsa imagen, la de un Dios celoso de sus prerrogativas (cf. Gn 3,5).

400. La armonía en la que se encontraban, establecida gracias a la justicia original, queda destruida; el dominio de las facultades espirituales del alma sobre el cuerpo se quiebra (cf. Gn 3,7); la unión entre el hombre y la mujer es sometida a tensiones (cf. Gn 3,11-13); sus relaciones estarán marcadas por el deseo y el dominio (cf. Gn 3,16). La armonía con la creación se rompe; la creación visible se hace para el hombre extraña y hostil (cf. Gn 3,17.19). A causa del hombre, la creación es sometida “a la servidumbre de la corrupción” (Rm 8,21). Por fin, la consecuencia explícitamente anunciada para el caso de desobediencia (cf. Gn 2,17), se realizará: el hombre “volverá al polvo del que fue formado” (Gn 3,19). La muerte hace su entrada en la historia de la humanidad (cf. Rm 5,12).

Adán, el Pecado Original; Cristo el nuevo Adán

359. “Realmente, el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado” (GS 22,1):

San Pablo nos dice que dos hombres dieron origen al género humano, a saber, Adán y Cristo...El primer hombre, Adán, fue un ser animado; el último Adán, un espíritu que da vida. Aquel primer Adán fue creado por el segundo, de quien recibió el alma con la cual empezó a vivir... El segundo Adán es aquel que, cuando creó al primero, colocó en él su divina imagen. De aquí que recibiera su naturaleza y adoptara su mismo nombre, para que aquel a quien había formado a su misma imagen no pereciera. El primer Adán es, en realidad, el nuevo Adán; aquel primer Adán tuvo principio, pero este último Adán no tiene fin. Por lo cual, este último es, realmente, el primero, como él mismo afirma: “Yo soy el primero y yo soy el último”. (S. Pedro Crisólogo, serm. 117).

Consecuencias del pecado de Adán para la humanidad

402. Todos los hombres están implicados en el pecado de Adán. S. Pablo lo afirma: “Por la desobediencia de un solo hombre, todos fueron constituidos pecadores” (Rm 5,19): “Como por un solo hombre entró el pecado en el mundo y por el pecado la muerte y así la muerte alcanzó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron...” (Rm 5,12). A la universalidad del pecado y de la muerte, el Apóstol opone la universalidad de la salvación en Cristo: “Como el delito de uno solo atrajo sobre todos los hombres la condenación, así también la obra de justicia de uno solo (la de Cristo) procura a todos una justificación que da la vida” (Rm 5,18).

403. Siguiendo a S. Pablo, la Iglesia ha enseñado siempre que la inmensa miseria que oprime a los hombres y su inclinación al mal y a la muerte no son comprensibles sin su conexión con el pecado de Adán y con el hecho de que nos ha transmitido un pecado con que todos nacemos afectados y que es

“muerte del alma” (Cc. de Trento: DS 1512). Por esta certeza de fe, la Iglesia concede el Bautismo para la remisión de los pecados incluso a los niños que no han cometido pecado personal (Cc. de Trento: DS 1514).

404. ¿Cómo el pecado de Adán vino a ser el pecado de todos sus descendientes? Todo el género humano es en Adán “sicut unum corpus unius hominis” (“Como el cuerpo único de un único hombre”) (S. Tomás de A., mal. 4,1). Por esta “unidad del género humano”, todos los hombres están implicados en el pecado de Adán, como todos están implicados en la justicia de Cristo. Sin embargo, la transmisión del pecado original es un misterio que no podemos comprender plenamente. Pero sabemos por la Revelación que Adán había recibido la santidad y la justicia originales no para él solo sino para toda la naturaleza humana: cediendo al tentador, Adán y Eva cometen un pecado personal, pero este pecado afecta a la naturaleza humana, que transmitirán en un estado caído (cf. Cc. de Trento: DS 1511-12). Es un pecado que será transmitido por propagación a toda la humanidad, es decir, por la transmisión de una naturaleza humana privada de la santidad y de la justicia originales. Por eso, el pecado original es llamado “pecado” de manera análoga: es un pecado “contraído”, “no cometido”, un estado y no un acto.

405. Aunque propio de cada uno (cf. Cc. de Trento: DS 1513), el pecado original no tiene, en ningún descendiente de Adán, un carácter de falta personal. Es la privación de la santidad y de la justicia originales, pero la naturaleza humana no está totalmente corrompida: está herida en sus propias fuerzas naturales, sometida a la ignorancia, al sufrimiento y al imperio de la muerte e inclinada al pecado (esta inclinación al mal es llamada “concupiscencia”). El Bautismo, dando la vida de la gracia de Cristo, borra el pecado original y devuelve el hombre a Dios, pero las consecuencias para la naturaleza, debilitada e inclinada al mal, persisten en el hombre y lo llaman al combate espiritual.

406. La doctrina de la Iglesia sobre la transmisión del pecado original fue precisada sobre todo en el siglo V, en particular bajo el impulso de la reflexión de S. Agustín contra el pelagianismo, y en el siglo XVI, en oposición a la Reforma protestante. Pelagio sostenía que el hombre podía, por la fuerza natural de su voluntad libre, sin la ayuda necesaria de la gracia de Dios, llevar una vida moralmente buena: así reducía la influencia de la falta de Adán a la de un mal ejemplo. Los primeros reformadores protestantes, por el contrario, enseñaban que el hombre estaba radicalmente pervertido y su libertad anulada por el pecado de los orígenes; identificaban el pecado heredado por cada hombre con la tendencia al mal (“concupiscentia”), que sería insuperable. La Iglesia se pronunció especialmente sobre el sentido del dato revelado respecto al pecado original en el II Concilio de Orange en el año 529 (cf. DS 371-72) y en el Concilio de Trento, en el año 1546 (cf. DS 1510-1516).

Un duro combate...

407. La doctrina sobre el pecado original -vinculada a la de la Redención de Cristo- proporciona una mirada de discernimiento lúcido sobre la situación del hombre y de su obrar en el mundo. Por el pecado de los primeros padres, el diablo adquirió un cierto dominio sobre el hombre, aunque éste permanezca libre. El pecado original entraña “la servidumbre bajo el poder del que poseía el imperio de la muerte, es decir, del diablo” (Cc. de Trento: DS 1511, cf. Hb 2,14). Ignorar que el hombre posee una naturaleza herida, inclinada al mal, da lugar a graves errores en el dominio de la educación, de la política, de la acción social (cf. CA 25) y de las costumbres.

408. Las consecuencias del pecado original y de todos los pecados personales de los hombres confieren al mundo en su conjunto una condición pecadora, que puede ser designada con la expresión de S. Juan: “el pecado del mundo” (Jn 1,29). Mediante esta expresión se significa también

la influencia negativa que ejercen sobre las personas las situaciones comunitarias y las estructuras sociales que son fruto de los pecados de los hombres (cf. RP 16).

409. Esta situación dramática del mundo que “todo entero yace en poder del maligno” (1 Jn 5,19; cf. 1 P 5,8), hace de la vida del hombre un combate:

. A través de toda la historia del hombre se extiende una dura batalla contra los poderes de las tinieblas que, iniciada ya desde el origen del mundo, durará hasta el último día según dice el Señor. Inserto en esta lucha, el hombre debe combatir continuamente para adherirse al bien, y no sin grandes trabajos, con la ayuda de la gracia de Dios, es capaz de lograr la unidad en sí mismo (GS 37,2).

IV. “NO LO ABANDONASTE AL PODER DE LA MUERTE”

410. Tras la caída, el hombre no fue abandonado por Dios. Al contrario, Dios lo llama (cf. Gn 3,9) y le anuncia de modo misterioso la victoria sobre el mal y el levantamiento de su caída (cf. Gn 3,15). Este pasaje del Génesis ha sido llamado “Protoevangelio”, por ser el primer anuncio del Mesías redentor, anuncio de un combate entre la serpiente y la Mujer, y de la victoria final de un descendiente de ésta.

411. La tradición cristiana ve en este pasaje un anuncio del “nuevo Adán” (cf. 1 Co 15,21-22.45) que, por su “obediencia hasta la muerte en la Cruz” (Flp 2,8) repara con sobreabundancia la descendencia de Adán (cf. Rm 5,19-20). Por otra parte, numerosos Padres y doctores de la Iglesia ven en la mujer anunciada en el “protoevangelio” la madre de Cristo, María, como “nueva Eva”. Ella ha sido la que, la primera y de una manera única, se benefició de la victoria sobre el pecado alcanzada por Cristo: fue preservada de toda mancha de pecado original (cf. Pío IX: DS 2803) y, durante toda su vida terrena, por una gracia especial de Dios, no cometió ninguna clase de pecado (cf. Cc. de Trento: DS 1573).

Jesús reemplaza nuestra desobediencia por su obediencia

615. “Como por la desobediencia de un solo hombre, todos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno solo todos serán constituidos justos” (Rm 5, 19). Por su obediencia hasta la muerte, Jesús llevó a cabo la sustitución del Siervo doliente que “se dio a sí mismo en expiación”, “cuando llevó el pecado de muchos”, a quienes “justificará y cuyas culpas soportará” (Is 53, 10-12). Jesús repara por nuestras faltas y satisface al Padre por nuestros pecados (cf. Cc de Trento: DS 1529).

RANIERO CANTALAMESSA (www.cantalamessa.org)

Cristo ha vencido al demonio

Con el primer Domingo de Cuaresma se inicia para la Iglesia el segundo de los así llamados «tiempos fuertes» del año. «Fuerte» porque es grande el misterio, que nos viene recordado, la muerte-resurrección de Cristo; «fuerte» igualmente por el empeño mayor que se le pide a todo creyente en su lucha contra el mal y en su solidaridad con los necesitados.

Yo quisiera hacer de este tiempo la ocasión para profundizar en nuestro conocimiento de la persona de Jesús. Hasta ahora le hemos dado la precedencia a los problemas existenciales del hombre: el dolor, la pobreza y la familia. Jesús cada vez nos daba su palabra iluminadora sobre los diversos problemas; pero, él no era el centro de la disertación. Ahora, quisiéramos que fuese él mismo el sujeto primario de nuestro interés. Mas, incluso hablando de Jesús, no nos alejemos del

terreno concreto de la vida, que hemos seguido hasta aquí, porque de él nos interesará no tanto lo que él «es» en sí y en abstracto, cuanto lo que él «es» y «hace» por nosotros.

El Evangelio de este primer Domingo nos permite tocar un primer punto importante en este sentido. Jesús es aquel que libero a la humanidad de las potencias demoníacas, de la angustia y del miedo del demonio.

«Jesús fue llevado al desierto por el Espíritu para ser tentado por el diablo».

Con estas palabras comienza el incidente de las tentaciones de Jesús en el desierto. Al inicio y al fin de la frase, son puestos en fuerte realce los dos protagonistas del suceso: Jesús y el diablo. El demonio, el satanismo y otros fenómenos interrelacionados son hoy de gran actualidad e inquietan no poco a nuestra sociedad. Nuestro mundo tecnológico e industrializado abunda de magos, hechiceros de ciudad, ocultismo, espiritismo, declaradores de horóscopos, vendedores de hechizos, de amuletos e incluso de sectas satánicas propias y verdaderas. Arrojado fuera por la puerta, el diablo ha vuelto a entrar por la ventana. Esto es, habiendo sido arrojado por la fe ha vuelto a entrar con la superstición.

Planteémonos algunas preguntas sobre este asunto. Primero: ¿existe el demonio? Esto es, ¿la palabra demonio en verdad indica una realidad personal cualquiera, dotada de inteligencia y voluntad, o es simplemente un símbolo, un modo de decir, para indicar la suma del mal moral del mundo, el inconsciente colectivo, la alienación colectiva, etc.?

Muchos, entre los intelectuales, no creen en el demonio, entendido en este primer sentido. Pero, se debe hacer notar que grandes escritores y pensadores, como Goethe y Dostoevskij han tomado bastante en serio la existencia de Satanás. Baudelaire, que no tenía ciertamente ni una pequeña cana de santo, ha dicho que «la mayor astucia del demonio es hacer creer que él no existe».

En el Evangelio se habla larga y difusamente de la liberación de endemoniados. Pero, la prueba principal de la existencia del demonio no está aquí, porque al interpretar estos hechos sin más pueden haber influido, a veces, las antiguas creencias sobre el origen de ciertas enfermedades. La epilepsia, por ejemplo, contrariamente a cuanto se pensaba en la antigüedad, no tiene nada que ver con el demonio: es una enfermedad como las demás que hoy, entre otras cosas, llega a curarse o al menos a tenerla bajo control.

No, la verdadera prueba no está en los posesos sino en los santos. En ellos Satanás está obligado a presentarse al descubierto, a ponerse «contra la luz». Jesús que fue tentado en el desierto por el demonio, ésta es la prueba. La prueba son asimismo tantos santos, que han luchado en la vida con el príncipe de las tinieblas. Ellos no son unos «don Quijotes» que han peleado contra molinos de viento. Al contrario, eran hombres muy concretos y de una psicología sanísima. San Francisco de Asís confió una vez a un compañero: «Si los hermanos supieran cuántas y qué tribulaciones yo sufro de los demonios no habría ni uno que no se pusiera a llorar por mí».

Entonces, ¿por qué tantos encuentran un absurdo creer en el demonio? Yo tendría al respecto una explicación. Es porque ellos se basan en libros, pasan la vida en las bibliotecas o en las mesas de consulta, mientras que al demonio no le interesan los libros sino las personas, especial y precisamente, las que se deciden a tomar en serio a Dios y a los santos. ¿Qué puede saber sobre Satanás quien no ha tenido nunca nada que ver con la *realidad* de Satanás sino sólo con su *idea*, esto es, con las tradiciones culturales, religiosas, etnológicas sobre Satanás? Por costumbre, éstos tratan de este argumento con gran seguridad y superioridad liquidándolo todo como si se tratara de un «oscurantismo medieval». Pero, ésta es una falsa seguridad. Es igual como quien se vanagloriase de no tener miedo alguno a un león, aduciendo como prueba el hecho de que lo ha visto muchas veces

pintado o fotografiado y nunca se ha asustado. Por otra parte, es del todo normal y coherente que no crea en el diablo quien no cree en Dios. Sería hasta trágico si alguno que no cree en Dios creyese en el diablo.

Segunda pregunta: ¿qué tiene que decimos la fe cristiana acerca del demonio? La cosa más importante no es que el demonio existe sino que Cristo ha vencido al demonio. Un pasaje de la Escritura dice:

«Por tanto, (Jesús ha venido) para reducir a la impotencia mediante su muerte al que tenía el dominio sobre la muerte, es decir, al diablo, y liberar a los que, por temor a la muerte, estaban de por vida sometidos a esclavitud» (*Hebreos 2,14-15*).

En rigor de términos, ni siquiera es justo decir que nosotros creemos «en el» demonio, ya que «creer» significa tener confianza o confiarse y nosotros no tenemos ciertamente confianza en él. Creemos «al» demonio, en su existencia, no creemos «en el» demonio. Cristo y el demonio no son para los cristianos dos principios iguales y contrarios como en ciertas religiones dualísticas. Jesús es el único Señor; Satanás no es más que una criatura «que ha ido al mal». Si a él se le ha concedido poder sobre los hombres es para que los hombres tengan la posibilidad de poder hacer en libertad una elección de campo y asimismo para que «no se monten en la soberbia» creyéndose autosuficientes sin necesidad de algún Redentor.

Satanás es «aquella potencia que quiere siempre el mal y, a pesar suyo, realiza el bien» (Goethe). Sirve en efecto para castigar a los malos y para purificar a los buenos. «El viejo Satanás está loco, dice un canto *espiritual* negro. Ha disparado un dardo para destruir mi alma; pero, ha errado el punto de mira y ha destruido por el contrario mi pecado» . Cree separar a una persona de Dios y, por el contrario, separa muchas veces el pecado de aquella persona.

Con Cristo no tenemos nada que *temer*. Nada ni nadie puede hacernos mal, si nosotros mismos no lo queremos. Satanás, decía un antiguo padre de la Iglesia, después de la venida de Cristo es como un perro atado en la era: puede ladrar y abalanzarse contra uno cuantas veces quiera; pero, si no somos nosotros los que nos acercamos, no puede morder.

En fin, una tercera pregunta: en la práctica ¿cómo regularse en un campo como éste, en el que reina tanta confusión y facilidad? Ésta es una materia delicada en la que es fácil ilusionarse y confundirse. Se *ilusiona* cuando se le atribuye directamente al demonio cada error nuestro sin tomar en serio nuestras responsabilidades y sin afrontar la raíz del mal, que está en nosotros. Se imita a Eva: «La serpiente me sedujo» (*Génesis 3, 13*). Se *confunde* cuando se comienza a atribuirle al demonio todo género de fenómenos y estorbos morales o físicos viéndole actuando por todas partes.

Un sano discernimiento de los espíritus debe servir también para no hacemos representaciones grotescas y materialistas del demonio, que la sana conciencia moderna no podría y con razón más que refutar. Yo dudo de la casi totalidad de los casos de posesión diabólica que terminan en los periódicos. Satanás es mucho más «discreto» y gusta del anonimato. Los verdaderos casos en que se encuentra en serio su presencia son frecuentemente los que permanecen escondidos, son las batallas subterráneas. En la mayoría de los casos se trata de «infestación» más que de «posesión» diabólica, esto es, de estorbos inducidos desde el exterior, no de un dominio sobre el alma de una persona.

Por lo tanto, nada de exorcismos fáciles. Y, sobre todo, nada de exorcismos facilones. Jesús ha dicho que los demonios «no se arrojan si no es con la oración» (*Marcos 9,29*) Y el mundo está hoy lleno de gente que cree arrojarlos por profesión y por especiales poderes de los que dispondrían. Naturalmente, con espléndidas compensaciones. A veces se pueden obtener por esta vía beneficios

momentáneos. Satanás, si se trata de él, es capaz hasta de alejarse, hacer el gesto como de rendirse para engañar. Se llega a hacer creer que hay alguno, fuera de Cristo, que lo puede dominar, que ha obtenido ya un resultado importantísimo.

Esto no quiere decir que no se deba tener cuidado de muchas personas que sufren molestias en este campo o por incautos contactos con el mundo de las tinieblas o por maldad, especialmente después de que se han intentado en vano todos los remedios de la medicina y de la psiquiatría. Pero, esto no puede ser abandonado a la iniciativa de cada uno. Ciertamente, todos pueden pedirle a Dios (como, de hecho, lo hacemos en el *Padre nuestro*) para que nos libre «del maligno» (*Mateo 6,13*). Pero, sólo los sacerdotes, encargados por el obispo, tienen la potestad de realizar verdaderos y propios exorcismos en la Iglesia católica. Yo tengo gran respeto por quien se dedica con seriedad a este ministerio de la misericordia, porque me imagino cuán duro pueda ser ello.

Debo apuntar, antes de concluir, a un triste fenómeno del que deben tener conocimiento los padres. En ciertas escuelas, especialmente en las grandes ciudades o por juego o por voluntad de desobedecer los muchachos son iniciados en prácticas y ritos turbios, a estipular pactos así llamados satánicos, por algún compañero más escéptico. Muchos están en el juego sólo para no pasar como miedosos. El resultado es que frecuentemente los muchachos salen de estas experiencias traumatizados, llenos de terror, especialmente nocturno, gravemente dañados en su equilibrio y en su mismo rendimiento escolástico.

Si por cualquier comportamiento extraño sospecháis que una cosa del género le puede haber sucedido a alguno de vuestros hijos, no dramaticéis. Buscad más bien hacerle hablar. Si habla, ha roto el chantaje del que era víctima. Tranquilizadle, diciéndole que Jesús le ama, que ya ha perdonado su inexperiencia, y no permitirá nunca que alguien pueda hacerle mal. Invítadle a orar ya acercarse al sacramento de la reconciliación.

Pero, repito, no debemos tener miedo. ¡Jesús en el desierto se ha liberado de Satanás para liberarnos a nosotros de Satanás! Es la alegre noticia con que iniciamos nuestro camino cuaresmal hacia la Pascua.

FLUVIUM (www.fluvium.org)

Las tentaciones

Los versículos de san Mateo que, en este primer domingo de Cuaresma, nos ofrece la Liturgia de la Palabra, muestran a Jesús tentado por el diablo y, como explica el pasado Concilio Ecuménico, nos recuerdan la contienda que, desde el principio de la existencia humana, tenemos entablada con satanás: **A través de toda la historia humana existe una dura batalla contra el poder de las tinieblas, que, iniciada en los orígenes del mundo, durará, como dice el Señor, hasta el día final. Enzarzado en esta pelea, el hombre ha de luchar continuamente para acatar el bien, y sólo a costa de grandes esfuerzos, con la ayuda de la gracia de Dios, es capaz de establecer la unidad en sí mismo.**

No nos dejes caer en la tentación, nos enseña a rezar Jesucristo. Que aprovechemos, pues, el recuerdo que nos hace la Iglesia este día para suplicar con insistencia el auxilio divino necesario, ya que, sin esa ayuda seremos siempre derrotados. Sería clara manifestación de debilidad sentirnos seguros, capaces con nuestras solas fuerzas para vencer en esta contienda. Recordemos, además, las palabras de san Pedro a los primeros cristianos, poniéndoles en guardia en previsión de los ataques del enemigo humano por excelencia: **Humillaos bajo la poderosa mano de Dios para que, llegada**

la ocasión, os ensalce; confiadle todas vuestras preocupaciones, pues él cuida de vosotros. Sed sobrios y velad. Vuestro adversario, el Diablo, ronda como león rugiente, buscando a quién devorar. Resistidle firmes en la fe, sabiendo que vuestros hermanos que están en el mundo soportan los mismos sufrimientos.

De tres modos contemplamos hoy que trata el diablo de apartar a Jesús de su misión. Le presenta primero el atractivo de satisfacer su apetito. Es, en efecto, la primera de las tentaciones, la más primaria podríamos decir: buscar satisfacción a partir de los bienes materiales. Nos bastarían – sí– para sentirnos en cierto modo satisfechos, y así se nos plantea no pocas veces la plenitud personal: como posesión de cosas, como dominio material. A menudo se trata de lo que satisface la sensibilidad, el gusto, el tacto, etc. La comodidad, el confort como objetivo en la vida, podrían encuadrarse en este apartado: el simple “no tener problemas”.

Para muchos triunfar en la vida consiste, en efecto, en vivir lujosamente y sin problemas, y asegurado materialmente el futuro. En esto consistiría la primera tentación, que se puede presentar con tantas variantes como individuos, dependiendo de los gustos de cada cual. Pero, si nos quedamos en satisfacer la sensibilidad nos equiparamos a los animales, que conocen únicamente la ley del gusto sensible. “Lo fundamental es que haya salud...”, dicen algunos. Y se olvidan de que es compatible tener deficiencias corporales con un espíritu poderoso, y el bienestar material con la mezquindad. No se trata, desde luego, de sufrir sin sentido; sin embargo, bastantes veces el dolor es una buena escuela para valorar lo propio, genuino y exclusivo de la vida humana: la mente libre con inteligencia y voluntad, conocer y amar.

Arrójate abajo, sugiere el tentador a Jesús en segundo lugar. Y le muestra, además, una poderosa razón “revelada” para consentir con el espectáculo: **Pues escrito está: Dará órdenes acerca de ti a sus ángeles, para que te lleven en sus manos, no sea que tropiece tu pie contra alguna piedra.** Es lo que sucede cuando se tienen en cuenta, ante todo, las consecuencias –buenas en algún aspecto– que tendrá haber actuado mal. La acción, mala de suyo, que propicia las buenas consecuencias, desde nuestro punto de vista, queda “olvidada”, como irrelevante en su maldad, entre el conjunto de consecuencias que nos parecen buenas. Pero el fin no justifica los medios.

Debemos estar prevenidos, pues siempre tendremos motivos “razonables” para caer en la tentación, disculpas para consentir en lo que es menos grato a Dios. Tal vez sin pretenderlo, tendemos a buscar alguna razón positiva que justifique actuar contrariamente a como se debe, pues, nadie quiere propiamente el mal. Cuando optamos por él, lo hacemos siempre buscando la apariencia de bien presente en toda conducta mala. Como, por ejemplo, el descanso que logra el perezoso. Pero el mal es malo siempre: **Escrito está también: No tentarás al Señor tu Dios.** Que sería como decir: “¡Basta ya, que eres una criatura y no puedes dar lecciones al Creador; te corresponde someterte!”

Por último: **lo llevó de nuevo el diablo a un monte muy alto, y le mostró todos los reinos del mundo y su gloria, y le dijo: Todas estas cosas te daré si postrándote me adoras.** Es una tentación de madurez. Es el deseo de acaparar, para garantizar seguridad o para sentirse superior. Pero, para el hombre, ni la seguridad ni la superioridad dependen de las cosas, que siempre serán ajenas a la persona, como un accesorio prescindible porque no influye en el valor del individuo. Valemos más cuanto más fieles somos a Dios.

Conscientes de ello, y con la luz que para descubrir el engaño pedimos al Espíritu Santo, nos encomendamos a Jesús para responder como Él: **Apártate Satanás, pues escrito está: Al Señor tu Dios adorarás y a Él sólo darás culto. Entonces lo dejó el diablo, y los ángeles vinieron y le servían.**

¡Reina de los Ángeles, ruega por nosotros!, aclamamos confiados.

PALABRA Y VIDA (www.palabrayvida.com.ar)

El misterio del pecado

Ten piedad de mí, Señor, por tu bondad, por tu gran compasión ¡borra mis faltas! ¡Lávame totalmente de mi culpa y purifícame de mi pecado! Porque yo reconozco mis faltas y mi pecado está siempre ante mí. Contra ti, contra ti solo pequé e hice lo que es malo a tus ojos.

Con estas palabras del salmo responsorial, la liturgia nos ha introducido hoy en el clima espiritual de la Cuaresma. ¡Un cambio tan brusco! Hemos llegado a este punto del año litúrgico meditando más que nada acerca de los “misterios jubilosos” del cristianismo: la espera, el nacimiento y la infancia de Jesús; luego, después de la Epifanía, los primeros pasos de su ministerio público. Estábamos invitados a escuchar con alegría las palabras que salían de su boca. Pero ahora todo cambia. Baja una especie de velo oscuro. Comienzan los “misterios dolorosos”. Jesús se dirige al desierto, es tentado, enfrenta la contradicción. Se siente que hay un poder oscuro en el mundo con el cual él deberá luchar. El episodio de las tentaciones es el primer acto de un drama que se anuncia duro y cruento. Al final de las tentaciones, Satanás *lo dejó*, pero, agrega el evangelista Lucas, *hasta el momento oportuno* (Lc 4,13). En efecto, más tarde volverá a aparecer cuando, en lugar de llevarlo al pináculo del templo, lo lleve al pináculo de la cruz y le diga: *¡Si eres Hijo de Dios, baja de la cruz!* (Mt 27,40).

Nos encontramos entonces a punto de revivir el gran giro en la vida de Jesús, y en este giro la liturgia ubica una meditación acerca del pecado. ¿Por qué? Porque sin haber aprehendido la existencia del pecado en el mundo, su insondable profundidad, no entenderíamos nada de aquello que sigue en el Evangelio. Dolor, pasión y muerte de Cristo: todo esto es la respuesta de Dios al pecado del hombre; es el “sí” del segundo Adán que corrige el “no” del primer Adán. Si no fuera así, todo parecería de una crueldad inútil. Por eso, ya no podemos seguir retrasando el momento de mirar de frente esta realidad del mal, aun cuando nos atemorice.

Las lecturas bíblicas nos han ofrecido una sabia pista para reflexionar. En tres cuadros figura toda la historia de la salvación: creación-pecado-redención. En todos, los mismos personajes: Dios, el hombre, Satanás. Las lecturas primera y tercera se corresponden perfectamente según el esquema de un paralelismo antitético: allá, un jardín ameno, fresco, exuberante, donde todo habla de felicidad y de placer, aquí, un desierto sin agua, sin víveres: un escenario salvaje y alucinante; allá, un hombre, Adán, es puesto a prueba, su libertad se rebela y responde “no” a Dios, prestando oídos al diablo; aquí, otro hombre, Jesucristo, es puesto a prueba, pero se resiste ante Satanás y dice “sí” a Dios.

En la lectura intermedia, san Pablo reflexiona sobre estos dos eventos y nos ofrece su insuperable síntesis. *Así como la falta de uno solo (Adán) causó la condenación de todos, también el acto de justicia de uno solo (Cristo) producirá para todos los hombres la justificación que conduce a la Vida. Y de la misma manera que por la desobediencia de un solo hombre, todos se convirtieron en pecadores, también por la obediencia de uno solo, todos se convertirán en justos.* A lo que sabíamos por las dos lecturas, Pablo agrega entonces algo importante y nuevo: Adán no cayó sólo para sí mismo; Cristo no venció sólo para sí mismo. La desobediencia de uno involucró a todos en la culpa, la obediencia del otro involucra a todos en la gracia.

El hombre se encuentra hoy entre estos dos polos de atracción; se encuentra en posición de elegir entre dos solidaridades: o con Adán o con Cristo; o con el pecado o con la salvación. La

primera tiene lugar en un jardín de delicias, en medio de la euforia y del placer, pero luego, enseguida, hace encontrar “espinas y aflicciones”. La segunda —la salvación— se realiza en el desierto, es decir, en el esfuerzo y en el sufrimiento, pero conduce al jardín de la alegría, donde los ángeles vienen a servir al vencedor.

Por lo tanto, la liturgia no nos llama a reflexionar sobre cosas y sucesos lejanos, extraños a nosotros, sino sobre cosas que nos tocan muy de cerca, cosas que responden al porqué que se encuentra en el fondo de todos los demás porqués de nuestra existencia.

Entonces, el pecado: miremos ahora de cerca a este “mal oscuro” de nuestra vida. Se extiende alrededor de nosotros. A través de los pasos que Adán le abrió —dice Pablo—, se ha volcado sobre el mundo como una oleada de bárbaros que, a través de un paso estratégico, invade una llanura o un pueblo y allí se asienta, reduciendo a la esclavitud a los habitantes que lo ocupaban. Sólo que el pecado no se asienta alrededor de nosotros, sino dentro de nosotros. Sé —es la confesión de san Pablo— *que nada bueno hay en mí, es decir, en mi carne. En efecto, el deseo de hacer el bien está a mi alcance, pero no el realizarlo. Y así no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero. Pero cuando hago lo que no quiero, no soy yo quien lo hace, sino el pecado que reside en mí* (Rom. 7, 18,21). El pecado se ha asentado como un parásito sobre nuestra libertad; como un tumor, consume nuestras energías, se agranda a nuestras expensas y nos destruye. Al hombre no le queda otra cosa sino gemir como David: *Ten misericordia de mí Dios, borra mi pecado*, o suspirar con Pablo: *¿Quién podrá librarme de este cuerpo que me lleva a la muerte?* (Rom. 7, 24).

A la pregunta: ¿por qué todo esto?, el cristiano, a través del catecismo, aprendió a responder con una palabra: el pecado original. El pecado de Adán fue transmitido a nosotros con el nacimiento y, junto con él, la concupiscencia y el desorden que nos arrastran al mal. Esto es verdad, pero debe ser perfectamente integrado. Nosotros no pecamos sólo porque otro pecó antes (incluso las Escrituras dicen que Dios no castiga en los hijos el pecado de los padres: Ez. 18. 20); pecamos también libremente, imitando por nuestra cuenta a Adán. Él dio inicio a una situación de pecado con la cual nos solidarizamos. Juan habla de un “pecado del mundo” y Pablo, de un poder personificado: el Pecado-muerte. Cada hombre agrega algo suyo a esta especie de fondo común que heredó y que, a su vez, transmite a la posteridad. Es como una enorme avalancha de la cual el pecado de Adán fue como el primer puñado de nieve en ponerse en movimiento, pero que se hizo masa con toda la otra nieve que encontró en su camino.

Al pecar, cada uno de nosotros contagia y contamina, en cierto sentido, el ambiente moral de la humanidad; corroe los valores, crea condicionamientos, haciendo así cada vez más fuerte la “ley de pecado” que predomina en el mundo. Se puede decir: yo soy para quienes vengan después de mí lo que Adán fue para mí: yo soy Adán; yo puedo condicionar el futuro, hacer que los hombres sean más esclavos o más libres después de mí y alrededor de mí.

Esta masa de mal y de negatividad no llega al hombre sólo a través de la generación, cuando nace, sino por todos lados, a lo largo de infinitos canales y tentáculos: costumbres y leyes injustas, mentalidad depravada, estructuras y situaciones de opresión. ¡Incluso los malos pensamientos contaminan el aire! A aquello que un gran escritor moderno —ateo— llamó “la peste” (A. Camus), nosotros lo llamamos el pecado.

Esto es el verdadero pecado original. En el Bautismo, Cristo lo venció de raíz y nos puso en condiciones de luchar y de triunfar contra él. Pero permanece todavía allí, con todos sus reclamos y consecuencias. Las tentaciones de la vida parten de ese fondo tenebroso que está dentro de nosotros.

Sólo en el caso de Jesús, ellas venían exclusivamente desde afuera: desde otros hombres y desde Satanás.

Hoy debemos completar esta comprensión del pecado sin desviar la mirada; dejar a lo que siga a la Cuaresma y al resto del año que nos digan cómo vencer al pecado, a liberarnos de él. Debemos plantearnos, en lugar de eso, la pregunta decisiva que nunca nos planteamos: pero ¿qué es en realidad el pecado? ¿Por qué Dios lo detesta hasta el punto de sacrificar al hijo con tal de sacarla del mundo? ¿Qué mal nos hace el pecado?

No es fácil decírselo al hombre de hoy, habituado por los medios de comunicación —con el cine a la cabeza— a acariciarlo, a guiñarle los ojos con ternura y malicia: “pecados carnales”, “pecado venial”, “malicia”: son títulos de otras tantas películas recientes.

El pecado es, en su intención profunda, un intento de matar a Dios, de negarlo como Dios para ponerse él mismo en su lugar en calidad de valor absoluto. “Serán como Dios”, susurró la serpiente. Querer ser como Dios, es decir, sin tener a nadie por encima de uno a quien obedecer, ser dueño absoluto del propio destino y de la propia libertad: he aquí la intención oculta del pecado. Oculta para nuestro espíritu, pero no para Dios. Por el contrario, él la denunció repetidas veces: *Tú que decías en tu corazón: “¡seré semejante al Altísimo!” ... ¡Pero cómo te han hecho bajar al Abismo, a las profundidades de la Fosa!* (Is. 14, 13-15). ¿Qué tienes que no hayas recibido de mí, comprendida tu libertad? Y si la has recibido, ¿por qué te vanaglorias de ella y te sirves de ella en mi contra, como si no la hubieras recibido? (cfr. 1 Cor. 4, 7). He aquí por qué Dios debe reaccionar ante el pecado: es la mentira por excelencia; dejarlo pasar, para Dios sería renegar de sí mismo.

¿Pero es sólo a Dios a quien el pecado ofende y amenaza, o es también al hombre? Es sobre todo al hombre. El hombre no puede existir fuera de esta relación con Dios que lo sostiene en la vida y en el ser; rebelarse significa volverse hacia la inexistencia, arrojarse al no sentido. El pecado es replegarse sobre uno mismo, es decir, ir hacia la nada; es perderse: *Todos los que te abandonan quedarán confundidos* (Jer. 27, 13). Perdición, fracaso: son las palabras claves de las Escrituras para comprender el pecado. Fracaso radical. Un hombre, de hecho, puede fracasar como esposo, como padre, como hombre de negocios, como político, como madre, si es una mujer: siempre hay una posibilidad de resarcimiento. Con el pecado se fracasa como criatura, sin apelación.

Después de estas consideraciones, podemos acercarnos con el pensamiento a Cristo que en el desierto inicia su lucha contra el pecado y contra Satanás, su instigador, y comprender verdaderamente qué está haciendo. Él está creando para nosotros, los hombres, una posibilidad nueva: la de vencer al pecado. Él es la antítesis de Adán. Él, hombre, quería ser como Dios; Cristo, *que era de condición divina, no consideró esta igualdad con Dios como algo que debía guardar celosamente: al contrario, se anonadó a sí mismo, tomando la condición de servidor... se humilló hasta aceptar por obediencia la muerte y muerte de cruz* (Flp. 2, ssq.). La tentación del Edén no ha cesado, todavía está en acto en la historia. Son muchas las serpientes que susurran todavía al hombre: “¿Qué haces? ¿Por qué no te liberas de tus lazos religiosos? ¿No sabes lo que te espera? ¡Serás libre, autónomo, como Dios!” El diálogo del paraíso terrestre está, por consiguiente, siempre en acto en la tierra. Jesús ha venido para que nosotros podamos darle una resolución distinta: lo que él mismo le dio en el desierto de las tentaciones.

BIBLIOTECA ALMUDÍ (www.almudi.org)

Homilía con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II

Homilía en la parroquia de S. Juan Bautista de los Florentinos, en Roma (8-III-1981)

– Debilidad del hombre y llamada de Dios

“Al Señor, tu Dios, adorarás, y a Él sólo darás culto” (Mt 4,10).

Estas categóricas palabras, dirigidas por nuestro Señor Jesucristo a Satanás, tentador, y colocadas por la liturgia en los umbrales de la Cuaresma, son un programa incisivo y perenne de vida para el hombre, llamado por la fuerza del Amor eterno al servicio de Dios y sólo de Dios, y sin embargo, desde el comienzo de su existencia contingente y durante toda su vida, tan expuesto y susceptible a todas las “tentaciones”, a las que le impulsan continuamente el “reino” de este mundo y el “príncipe de este mundo” (cfr. Jn. 12,31; 14,30; 16,11), que hacen todo lo posible para dominar y manipular al hombre tratando de ponerle en oposición a Dios.

Frente a Satanás, que le promete incluso “todos los reinos del mundo y su esplendor”, en contrapartida de la adoración, Jesús responde con la luz y la fuerza de la Palabra de Dios, el cual había puesto en guardia al pueblo elegido contra la fascinante y peligrosa tentación de la idolatría: “Guárdate de olvidarte de Yavé, que te sacó de la tierra de Egipto, de la casa de la servidumbre. Teme a Yavé, tu Dios; sírvele a Él... haz lo que es recto y bueno a los ojos de Yavé” (Dt. 6,12-13.18).

La Cuaresma, tiempo litúrgico privilegiado, es tiempo de conversión interior. La Sagrada Escritura presenta la vida del hombre en sus relaciones con Dios como una continua conversión interior, en cuanto que Dios, en su infinito amor, llama al hombre a vivir en comunión con El. Pero el hombre es frágil, débil, pecador; por lo tanto, para ponerse en comunión con Dios, tiene necesidad de una actitud de humildad y de penitencia; debe orientarse hacia Dios, “buscar el rostro de Dios” (cfr. Os. 5,15; Sal 24,6); debe invertir el camino que lo lleva hacia el mal; cambiar el propio comportamiento ético; cambiar incluso concepciones y modos de pensar individuales, que estén en oposición a la voluntad y a la palabra de Dios.

Y Jesús, el Hijo de Dios encarnado, ya desde el comienzo de su ministerio mesiánico lanza a los hombres su llamada a la conversión: “El tiempo se ha cumplido, el Reino de Dios está cercano; convertios y creed en el Evangelio” (Mc 1,15; cfr. Mt 4,17).

La Cuaresma representa en la vida de la Iglesia como un grito a la conversión: “¡ojalá escuchéis hoy su voz; no endurezcáis vuestro corazón!” (Sal 94(95),8). Este “hoy” se refiere precisamente a la Cuaresma, que en la extraordinaria riqueza evocativa de sus textos litúrgicos es una continua, apremiante llamada a la urgencia de la auténtica conversión interior.

– Alejarse del pecado mortal y venial con la gracia

La conversión es fundamentalmente un alejarse del pecado, y un dirigirse, un retornar al Dios viviente, al Dios de la Alianza. “Venid y volvamos a Yavé; Él desgarró, Él nos curará; Él hirió, Él nos vendará” (Os. 6,1): es la invitación del profeta Oseas, que insiste sobre el carácter interior de la auténtica conversión, que siempre debe estar animada e inspirada por el amor y por el conocimiento de Dios. Y el Profeta Jeremías, el gran maestro de la religiosidad interior, anuncia de parte de Dios una extraordinaria transformación espiritual de los miembros del Pueblo elegido: “Les daré un corazón capaz de conocerme, de saber que yo soy Yavé; y ellos serán mi pueblo y yo seré su Dios, pues se convertirán a mí de todo corazón” (Jer. 24,7).

La conversión es un don de Dios, que el hombre debe pedir con ferviente oración y que nos ha merecido Cristo “nuevo Adán”. Esto es lo que la liturgia de hoy nos ha hecho meditar en el pasaje de la Carta de San Pablo a los Romanos: por la desobediencia del primer Adán el pecado y la muerte entraron en el mundo y dominan al hombre. Pero si es verdad que “por la culpa de aquél, que era uno solo (es decir Adán), la muerte inauguró su reino, mucho más los que reciben a raudales el don gratuito de la amnistía vivirán y reinarán gracias a uno solo, Jesucristo” (cfr. Rom 5,17).

El cristiano, fuerte con la fuerza que le viene de Cristo, se aleja cada vez más del pecado, de los pecados concretos, mortales o veniales, superando las malas inclinaciones, los vicios, el pecado habitual y, al obrar así, hará cada vez más débil el “fomes” del pecado, esto es, la triste herencia de la desobediencia originaria. Esto ocurre en la medida en que abunda en nosotros cada vez más la gracia, don de Dios, concedido por los méritos “de un solo hombre, Jesucristo” (cfr. Rom 5,15). De este modo, la conversión es un paso casi gradual, eficaz, continuo, del “viejo” Adán, al “nuevo”, que es Cristo. Este exaltante proceso espiritual, en el período de la Cuaresma, debe hacerse en cada cristiano particularmente consciente e incisivo.

– Tentaciones

Pero la conversión sólo es posible basándose en la superación de las tentaciones, como pone en clara evidencia la Liturgia de la Palabra de este primer domingo de Cuaresma.

La pluralidad y multiplicidad de las tentaciones encuentran su fundamento en esa triple concupiscencia, de la que habla la primera carta de San Juan: “No améis al mundo ni lo que hay en el mundo. Si alguien ama al mundo, el amor del Padre no está en él. Puesto que todo lo que hay en el mundo - la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos y la jactancia de las riquezas - no viene del Padre, sino del mundo (1 Io 2:15-16)”.

Como es sabido, en la concepción de San Juan, el “mundo” del que debe alejarse el cristiano, no es la creación, la obra de Dios, que ha sido confiada al dominio del hombre; sino que es el símbolo y el signo de todo lo que nos separa de Dios o que quiere excluir a Dios, esto es, lo opuesto al “Reino de Dios”.

Por tanto, son tres los aspectos del mundo del que debe mantenerse alejado el cristiano para ser fiel al mensaje de Jesús: los apetitos sensuales; el ansia excesiva de los bienes terrenos, sobre los cuales el hombre cree ilusoriamente poder construir toda su vida; y finalmente la autosuficiencia orgullosa en relación con Dios (cfr 1 Jn 2,15 las tres concupiscencias).

En las tres “tentaciones” con las que Satanás incita a Cristo en el desierto, se pueden encontrar fácilmente las “tres concupiscencias” ya mencionadas; son las tres grandes tentaciones, a las cuales también el cristiano será sometido en el curso de su vida terrena.

Pero en la base de esta triple tentación encontramos de nuevo la primitiva y omnicomprensiva tentación, dirigida por el mismo Satanás a nuestros progenitores: “Seréis como Dios en el conocimiento del bien y del mal” (cfr. Gen 3,5). Satanás promete al hombre la Omnipotencia y la Omnisciencia de Dios, es decir, la total autosuficiencia e independencia. Ahora bien, el hombre no es así sino por su posibilidad de “elegir” a Dios, a cuya imagen fue creado. Pero el mismo Adán se elige a sí mismo en lugar de Dios; cede a la tentación y se encuentra miserable, frágil, débil, “desnudo”, “esclavo del pecado” (cfr. Jn 8,34). El segundo Adán, Cristo, en cambio, afirma de nuevo contra Satanás la fundamental, estructural y ontológica dependencia del hombre en relación con Dios. El hombre -nos dice Cristo- no es humillado, sino más bien exaltado en su misma dignidad cada vez que se postra para adorar al Ser infinito, su Creador y Padre: “Al Señor, tu Dios, adorarás y a Él sólo darás culto” (Mt 4,10).

Esta llamada cuaresmal a la conversión comporta un continuo y paciente trabajo sobre sí mismo, trabajo que llega al conocimiento de los motivos escondidos y de los resortes ocultos del amor propio, de la sensualidad, del egoísmo.

A este trabajo, que requiere empeño y constancia, estamos llamados todos y cada uno, sin excepción, tanto a nivel personal, como a nivel comunitario, a fin de que podamos ayudarnos mutuamente en el camino de la conversión, la cual es siempre fruto de “volver a encontrar” a Dios Padre, rico en misericordia. “El auténtico conocimiento de Dios -he escrito en mi segunda Encíclica-, Dios de la misericordia y del amor benigno, es una constante e inagotable fuente de conversión, no solamente como momentáneo acto interior, sino también como disposición estable, como estado de ánimo. Quienes llegan a conocer de este modo a Dios, quienes lo “ven” así, no pueden vivir sino convirtiéndose sin cesar a Él. Viven, pues, *in statu conversionis*; es este estado el que traza la componente más profunda de la peregrinación de todo hombre en la tierra *in statu viatoris*” (Dives in misericordia, 13).

Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva

Cristo fue tentado en el desierto. Todo hombre prueba alguna vez la aridez y monotonía del desierto; en su hogar, cuyas tareas pueden cansarle; en el trabajo que puede aburrirle...; la vida misma, que es un regalo y una tarea ilusionante, puede antojársele insípida. Y lo mismo ocurre con la vida cristiana. Es, en alguna medida, la noche oscura de los santos.

El Diablo aprovecha el hambre de Jesús para sugerirle que convierta las piedras en pan. Pero Él respondió que “no sólo de pan vive el hombre”. Fue una respuesta magnífica. No sólo de lo que nos ofrece este mundo vive el hombre. Hay algo más que lo que hace temporalmente risueña y dichosa la vida. También a nosotros, en horas de cansancio o de tedio, nos incita el Diablo a convertir la piedra de la monotonía de los días iguales en pan que calme el hambre de una dicha que parece ausente. Es la tentación, el ofrecimiento para que cambiemos el rigor de una vida cristiana honrada, por otra más “libre”, más “humana”.

En esas embestidas de la comodidad, el egoísmo, la sensualidad..., no debemos dialogar con el señuelo de ofrecer un alivio a nuestro quebranto interior; no debemos dialogar, porque el Diablo nos supera en inteligencia y astucia. “Nuestra lucha no es contra la carne y la sangre, sino contra... los dominadores de las tinieblas” (Ef 6,2).

Podemos hacer frente a la tentación porque “fiel es Dios que no permitirá que seáis tentados más allá de vuestras fuerzas” (1 Cor 10,12), y “donde el diablo asedia, allí está presente Cristo” (S. Ambrosio, Sermo 20). Podemos, como Jesús, responder en esas horas de especial acoso, que no sólo de pan se vive y que hay que adorar a Dios y sólo a Él servirle.

¡Qué gran cosa sería que Dios pudiera decirnos cuando nos presentemos ante Él al final del trayecto: “Me acuerdo de tu fidelidad, de tu amor hacia mí, de tu seguirme a través del desierto, tierra donde no se siembra” (Jer 2,2). “Al que venciere, le concederé sentarse conmigo en mi trono” (Apoc 3,21). Como aquellos ángeles que sirvieron a Jesús, seremos premiados un día. Ésta será nuestra recompensa a una fidelidad sostenida con la ayuda de los

Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica

«El desierto, escenario de la tentación y comienzo de la victoria de la Pascua»

I. LA PALABRA DE DIOS

Gn 2,7-9;3,1-7: «Creación y pecado de los primeros padres»

Sal 50,3-6.12-14.17: «Misericordia, Señor, hemos pecado»

Rm 5,12-19: «Donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia»

Mt 4,1-11: «Jesús ayuna durante cuarenta días y es tentado»

II. APUNTE BÍBLICO-LITÚRGICO

El yavista introduce a la serpiente como símbolo de un poder hostil al hombre. Eva es engañada. El pecado comienza siempre con un falseamiento de la verdad.

Tener pan, tener poder, tener a Dios a mano para utilizarlo; he aquí una trilogía de tentaciones con un solo vencedor: Jesucristo, porque eligió la libertad. El que «es», siempre es libre; el que «tiene», casi nunca. Frente a toda tentación que, para presentarse ante el hombre se disfraza de verdad, Cristo se ha llamado la «Verdad», sin disfraces de ninguna clase. Así, la victoria sobre el pecado es segura.

El camino de Cristo hacia la Pascua comienza con el desierto. La Iglesia, configurándose con su Señor, inicia en este tiempo el largo itinerario cuaresmal con una convicción que la llena de ánimo: Cristo saldrá vencedor. De ello tiene un anticipo hoy.

III. SITUACIÓN HUMANA

La postmodernidad nos ha traído la confirmación de un hombre prometéico con afán de considerarse único dios de sí mismo, porque antes ha «arrebatao» el poder a Dios. Pero la tentación es tan vieja como el hombre mismo. Y el fracaso del hombre será creerse medida de todas las cosas.

La libertad es hoy para el hombre un horizonte buscado y deseado. Inventa caminos, arbitra métodos, imagina maneras de alcanzarla. Y sin embargo acaba perdiéndose en ella.

IV. LA FE DE LA IGLESIA

La fe

– Las tentaciones de Jesús: “Los evangelistas indican el sentido salvífico de este acontecimiento misterioso. Jesús es el nuevo Adán que permaneció fiel allí donde el primero sucumbió a la tentación. Jesús cumplió perfectamente la vocación de Israel: al contrario de los que anteriormente provocaron a Dios durante cuarenta años por el desierto, Cristo se revela como el Siervo de Dios totalmente obediente a la voluntad divina. En esto Jesús es vencedor del diablo; él ha «atado al hombre fuerte» para despojarle de lo que se había apropiado (Mc 3,27). La victoria de Jesús en el desierto sobre el Tentador es un anticipo de la victoria de la Pasión, suprema obediencia de su amor filial al Padre” (539; cf 538, 540).

– Victoria sobre el pecado («No lo abandonaste al poder de la muerte»): 410. 2853.

La respuesta

– «No nos dejes caer en la tentación»: “Al decir: «No nos dejes caer en la tentación», pedimos a Dios que no nos permita tomar el camino que conduce al pecado. Esta petición implora el Espíritu de discernimiento y de fuerza; solicita la gracia de la vigilancia y la perseverancia final” (2863; cf 2846-2849).

– Formas de penitencia en la vida cristiana: 1438. 1439.

El testimonio cristiano

– «El alma que hubiera de vencer su fortaleza no podrá sin oración, ni sus engaños podrá entender sin mortificación y sin humildad. Que por eso dice S. Pablo avisando a los fieles estas palabras: «Vestíos de las armas de Dios, para que podáis resistir contra las astucias del enemigo, porque esta lucha no es como contra la carne y sangre» entendiendo por sangre el mundo, y por las armas de Dios, la oración y cruz de Cristo, en que está la humildad y mortificación que habemos dicho» (San Juan de la Cruz, Cántico Espiritual, 9).

Cristo, al rechazar las tentaciones del enemigo nos enseñó a sofocar la fuerza del pecado; de este modo, celebrando con sinceridad el misterio de esta Pascua, podremos pasar un día a la Pascua que no acaba.

HABLAR CON DIOS (www.hablarcondios.org)

Las tentaciones de Jesús

– El Señor permite que seamos tentados para que crezcamos en las virtudes.

I. La Cuaresma conmemora los cuarenta días que pasó Jesús en el desierto, como preparación de esos años de predicación, que culminan en la Cruz y en la gloria de la Pascua. Cuarenta días de oración y de penitencia. Al terminar, tuvo lugar la escena que la liturgia de hoy ofrece a nuestra consideración, recogiénola en el Evangelio de la Misa: las tentaciones de Cristo (Cfr. Mt 4, 1-11).

Una escena llena de misterio, que el hombre pretende en vano entender –Dios que se somete a la tentación, que deja hacer al Maligno–, pero que puede ser meditada, pidiendo al Señor que nos haga saber la enseñanza que contiene¹.

Es la primera vez que interviene el diablo en la vida de Jesús, y lo hace abiertamente. Pone a prueba a Nuestro Señor; quizá quiere averiguar si ha llegado ya la hora del Mesías. Jesús se lo permitió para darnos ejemplo de humildad y para enseñarnos a vencer las tentaciones que vamos a sufrir a lo largo de nuestra vida: “como el Señor todo lo hacía para nuestra enseñanza –dice San Juan Crisóstomo–, quiso también ser conducido al desierto y trabar allí combate con el demonio, a fin de que los bautizados, si después del bautismo sufren mayores tentaciones, no se turben por eso, como si no fuera de esperar”². Si no contáramos con las tentaciones que hemos de padecer abriríamos la puerta a un gran enemigo: el desaliento y la tristeza.

Quería Jesús enseñarnos con su ejemplo que nadie debe creerse exento de padecer cualquier prueba. “Las tentaciones de Nuestro Señor son también las tentaciones de sus servidores de un modo individual. Pero su escala, naturalmente, es diferente: el demonio no va a ofreceros a vosotros ni a mí –dice Knox– todos los reinos del mundo. Conoce el mercado y, como buen vendedor, ofrece exactamente lo que calcula que el comprador tomará. Supongo que pensará, con bastante razón, que la mayor parte de nosotros podemos ser comprados por cinco mil libras al año, y una gran parte de nosotros por mucho menos. Tampoco nos ofrece sus condiciones de modo tan abierto, sino que sus ofertas vienen envueltas en toda especie de formas plausibles. Pero si ve la oportunidad no tarda mucho en señalarnos a vosotros y a mí cómo podemos conseguir aquello que queremos si aceptamos

¹ SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Es Cristo que pasa*, 61

² SAN JUAN CRISOSTOMO, *Homilías sobre San Mateo*, 13, 1

ser infieles a nosotros mismos y, en muchas ocasiones, si aceptamos ser infieles a nuestra fe católica”³.

El Señor, como se nos recuerda en el Prefacio de la Misa de hoy, nos enseña con su actuación cómo hemos de vencer las tentaciones y además quiere que saquemos provecho de las pruebas por las que vamos a pasar. Él “permite la tentación y se sirve de ella providencialmente para purificarte, para hacerte santo, para desligarte mejor de las cosas de la tierra, para llevarte a donde Él quiere y por donde Él quiere, para hacerte feliz en una vida que no sea cómoda, y para darte madurez, comprensión y eficacia en tu trabajo apostólico con las almas, y... sobre todo para hacerte humilde, muy humilde”⁴. *Bienaventurado el varón que soporta la tentación* –dice el Apóstol Santiago– *porque, probado, recibirá la corona de la vida que el Señor prometió a los que le aman*⁵.

– Las tentaciones de Jesús. El demonio nos prueba de modo parecido.

II. El demonio tienta aprovechando las necesidades y debilidades de la naturaleza humana.

El Señor, después de haber pasado cuarenta días y cuarenta noches ayunando, debe encontrarse muy débil, y siente hambre como cualquier hombre en sus mismas circunstancias. Este es el momento en que se acerca el tentador con la proposición de que convierta las piedras que allí había en el pan que tanto necesita y desea.

Y Jesús *no sólo rechaza el alimento que su cuerpo pedía, sino que aleja de sí una incitación mayor: la de usar del poder divino para remediar, si podemos hablar así, un problema personal (...).*

*Generosidad del Señor que se ha humillado, que ha aceptado en pleno la condición humana, que no se sirve de su poder de Dios para huir de las dificultades o del esfuerzo. Que nos enseña a ser recios, a amar el trabajo, a apreciar la nobleza humana y divina de saborear las consecuencias del entregamiento*⁶.

Nos enseña también este pasaje del Evangelio a estar particularmente atentos, con nosotros mismos y con aquellos a quienes tenemos una mayor obligación de ayudar, en esos momentos de debilidad, de cansancio, cuando se está pasando una mala temporada, porque el demonio quizá intensifique entonces la tentación para que nuestras vidas tomen otros derroteros ajenos a la voluntad de Dios.

En la segunda tentación, *el diablo lo llevó a la Ciudad Santa y lo puso sobre el pináculo del Templo. Y le dijo: Si eres Hijo de Dios, arrójate abajo. Pues escrito está: Dará órdenes acerca de ti a sus ángeles de que te lleven en sus manos, no sea que tropiece tu pie contra alguna piedra. Y le respondió Jesús: Escrito está también: No tentarás al Señor tu Dios.*

Era en apariencia una tentación capciosa: si te niegas, demostrarás que no confías en Dios plenamente; si aceptas, le obligas a enviar, en provecho personal, a sus ángeles para que te salven. El demonio no sabe que Jesús no tendría necesidad de ángel alguno.

Una proposición parecida, y con un texto casi idéntico, oirá el Señor ya al final de su vida terrena: *Si es el rey de Israel, que baje ahora de la cruz y creeremos en él*⁷.

³ R. A. KNOX, *Sermones pastorales*, p. 79

⁴ S. CANALS, *Ascética Meditada*, 14ª ed., Madrid 1980, p. 127

⁵ *Sant* 1, 12

⁶ SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *loc. cit.*

⁷ *Mt* 27, 42

Cristo se niega a hacer milagros inútiles, por vanidad y vanagloria. Nosotros hemos de estar atentos para rechazar, en nuestro orden de cosas, tentaciones parecidas: el deseo de quedar bien, que puede surgir hasta en lo más santo; también debemos estar alerta ante falsas argumentaciones que pretendan basarse en la Sagrada Escritura, y no pedir (mucho menos exigir) pruebas o señales extraordinarias para creer, pues el Señor nos da gracias y testimonios suficientes que nos indican el camino de la fe en medio de nuestra vida ordinaria.

En la última de las tentaciones, el demonio ofrece a Jesús toda la gloria y el poder terreno que un hombre puede ambicionar. *Le mostró todos los reinos del mundo y su gloria, y le dijo: –Todas estas cosas te daré si postrándote delante de mí, me adoras.* El Señor rechazó definitivamente al tentador.

El demonio promete siempre más de lo que puede dar. La felicidad está muy lejos de sus manos. Toda tentación es siempre un miserable engaño. Y para probarnos, el demonio cuenta con nuestras ambiciones. La peor de ellas es la de desear, a toda costa, la propia excelencia; el buscarnos a nosotros mismos sistemáticamente en las cosas que hacemos o proyectamos. Nuestro propio yo puede ser, en muchas ocasiones, el peor de los ídolos.

Tampoco podemos postrarnos ante las cosas materiales haciendo de ellas falsos dioses que nos esclavizarían. Los bienes materiales dejan de ser bienes si nos separan de Dios y de nuestros hermanos los hombres.

Tendremos que vigilar, en lucha constante, porque permanece en nosotros la tendencia a desear la gloria humana, a pesar de haberle dicho muchas veces al Señor que no queremos otra gloria que la suya. También a nosotros se dirige Jesús: *Adorarás al Señor Dios tuyo; y a Él solo servirás.* Y eso es lo que deseamos y pedimos: servir a Dios en la vocación a la que nos ha llamado.

– El Señor está siempre a nuestro lado. Armas para vencer.

III. El Señor está siempre a nuestro lado, en cada tentación, y nos dice *Confiad: Yo he vencido al mundo*⁸. Y nosotros nos apoyamos en Él, porque, si no lo hiciéramos, poco conseguiríamos solos: *Todo lo puedo en Aquel que me conforta*⁹. *El Señor es mi luz y mi salvación, ¿a quién temeré?*¹⁰.

Podemos prevenir la tentación con la mortificación constante en el trabajo, al vivir la caridad, en la guarda de los sentidos internos y externos. Y junto a la mortificación, la oración: *Velad y orad para no caer en la tentación*¹¹. También debemos prevenirla huyendo de las ocasiones de pecar, por pequeñas que sean, pues *el que ama el peligro perecerá en él*¹², y teniendo el tiempo bien ocupado, principalmente cumpliendo bien nuestros deberes profesionales, familiares y sociales.

Para combatir la tentación “habremos de repetir muchas veces y con confianza la petición del padrenuestro: *no nos dejes caer en la tentación*, concédenos la fuerza de permanecer fuertes en ella. Ya que el mismo Señor pone en nuestros labios tal plegaria, bien estará que la repitamos continuamente.

⁸ Jn 16, 33

⁹ Flp 4, 13

¹⁰ Sal 26, 1

¹¹ Mt 26, 41

¹² Eccl 3, 27

“Combatimos la tentación manifestándosela abiertamente al director espiritual, pues el manifestarla es ya casi vencerla. El que revela sus propias tentaciones al director espiritual puede estar seguro de que Dios otorga a éste la gracia necesaria para dirigirle bien”¹³.

Contamos siempre con la gracia de Dios para vencer cualquier tentación. “Pero no olvides, amigo mío, que necesitas de armas para vencer en esta batalla espiritual. Y que tus armas han de ser éstas: oración continua; sinceridad y franqueza con tu director espiritual; la Santísima Eucaristía y el Sacramento de la Penitencia; un generoso espíritu de cristiana mortificación que te llevará a huir de las ocasiones y evitar el ocio; la humildad del corazón, y una tierna y filial devoción a la Santísima Virgen: *Consolatrix afflictorum et Refugium peccatorum*, consuelo de los afligidos y refugio de los pecadores. Vuélvete siempre a Ella confiadamente y dile: *Mater mea, fiducia mea; ¡Madre mía, confianza mía!*”¹⁴.

Mn. Antoni BALLESTER i Díaz (Camarasa, Lleida, España) (www.evangelinet.net)

Jesús fue llevado por el Espíritu al desierto para ser tentado

Hoy celebramos el primer domingo de Cuaresma, y este tiempo litúrgico “fuerte” es un camino espiritual que nos lleva a participar del gran misterio de la muerte y de la resurrección de Cristo. Nos dice Juan Pablo II que «cada año, la Cuaresma nos propone un tiempo propicio para intensificar la oración y la penitencia, y para abrir el corazón a la acogida dócil de la voluntad divina. Ella nos invita a recorrer un itinerario espiritual que nos prepara a revivir el gran misterio de la muerte y resurrección de Jesucristo, ante todo mediante la escucha asidua de la Palabra de Dios y la práctica más intensa de la mortificación, gracias a la cual podemos ayudar con mayor generosidad al prójimo necesitado».

La Cuaresma y el Evangelio de hoy nos enseñan que la vida es un camino que nos tiene que llevar al cielo. Pero, para poder ser merecedores de él, tenemos que ser probados por las tentaciones. «Jesús fue llevado por el Espíritu al desierto para ser tentado por el diablo» (Mt 4,1). Jesús quiso enseñarnos, al permitir ser tentado, cómo hemos de luchar y vencer en nuestras tentaciones: con la confianza en Dios y la oración, con la gracia divina y con la fortaleza.

Las tentaciones se pueden describir como los “enemigos del alma”. En concreto, se resumen y concretan en tres aspectos. En primer lugar, “el mundo”: «Di que estas piedras se conviertan en panes» (Mt 4,3). Supone vivir sólo para tener cosas.

En segundo lugar, “el demonio”: «Si postrándote me adoras (...)» (Mt 4,9). Se manifiesta en la ambición de poder.

Y, finalmente, “la carne”: «Tírate abajo» (Mt 4,6), lo cual significa poner la confianza en el cuerpo. Todo ello lo expresa mejor santo Tomás de Aquino diciendo que «la causa de las tentaciones son las causas de las concupiscencias: el deleite de la carne, el afán de gloria y la ambición de

CONGREGACIÓN PARA EL CLERO (www.clerus.org)

En la raíz de todo pecado hay siempre una mentira

¹³ B. BAUR, *En la intimidad con Dios*, Herder. Barcelona 1975, 10ª ed., p. 121

¹⁴ S. CANALS, *o. c.*, p. 128.

Al inicio del gran camino de conversión de la Cuaresma, la Iglesia nos da las “armas de la penitencia” –el ayuno, la oración y la limosna–, de entender no como un mero propósito exterior, sino como reflejo, en las obras, de la conversión interior, confiando radicalmente en la misericordia, en la bondad y en la providencia de Dios.

Se nos conduce, como por mano e incluso la sucesión cronológica de las lecturas parece sostener el paso hacia el camino de la liberación.

En la primera lectura, con la historia del “pecado original” se indica el punto desde el que todos partimos. Sabemos bien que la expresión “pecado original” indica la desobediencia de los primeros hombres hacia Dios, de la cual, en un modo que nosotros no podemos comprender plenamente, deriva sea la situación inicial de “no-salvación” en la que cada hombre nace, que la tendencia al mal que cada uno experimenta dentro de sí mismo.

Además de este primer significado se señala también el pecado que es el origen de todos los demás pecados: el orgullo, el considerarse autosuficientes, independientes de cualquier vínculo, y el querer tener la vida para sí mismos, sin abrirla, sin dilatarla a la obra de Aquel que la creó y después nos la confió.

Y después del renacimiento del Santo Bautismo tal inclinación permanece como una herida.

En el Salmo 50, la oración que el hombre dirige a Dios, «*Contra ti, contra ti solo pequé, lo malo a tus ojos cometí*», es el primer paso de suma importancia, que la gracia divina puede lograr: el reconocimiento del propio pecado.

Humildemente, o sea, sin buscar excusas ni justificaciones representa el inicio de la liberación, ya que es cumplir la verdad y, por consecuencia, no pertenecer más al pecado, sino a la Verdad: «*Conoceréis la verdad y la verdad os hará libres*» (Jn 8,32).

Pidamos una clara conciencia de nuestras limitaciones y de nuestros pecados, la humildad de saber que siempre el tentador, que no respetó ni al Señor Jesús, nos insidia con sus mentiras, que son siempre las mismas, desde el jardín del Edén hasta el fin de los tiempos: «seréis como Dios». En la raíz de todo pecado hay siempre una mentira, como en la raíz de cada auténtica liberación esta siempre la verdad.

Que este tiempo fuerte del año litúrgico, sea el triunfo de la verdad. Será también el triunfo de la libertad y la victoria sobre la muerte que celebramos en la Pascua.